



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria

Crisol de Letras

Los talleres literarios como formadores de nuevos escritores

1

Taller de Escritura Creativa de Hernán Jaeggi

**Subsecretaría de Cultura - Secretaría de Extensión Universitaria
Universidad Nacional de Córdoba**

Universidad Nacional de Córdoba
Rector: Dr. Hugo Oscar Juri
Secretario de Extensión Universitaria: Ab. Conrado Storani
Subsecretario de Cultura: Mgtr Pedro Sorrentino

Edición sin fines de lucro - Prohibida su venta
2019

Prólogo del Subsecretario de Cultura UNC SEU

La extensión universitaria tiene como objetivo establecer un vínculo entre la comunidad y la casa de altos estudios; se busca así lograr una mayor comunicación entre ambas partes y un mutuo intercambio de saberes académicos y experiencias culturales. La Subsecretaría de Cultura gestiona una destacada agenda anual de eventos que se desarrollan en diferentes ámbitos de la Universidad Nacional de Córdoba y de otras instituciones públicas y privadas. En este cronograma tienen lugar una gran cantidad de actividades culturales, allí encuentran sitio desde encumbrados artistas e intelectuales de renombre internacional, hasta jóvenes que acceden por primera vez a un escenario. La oferta es heterogénea: teatro, música, fotografía, cine, danza, escultura y todo tipo de expresiones que recrean desde una mirada clásica hasta experiencias de vanguardia en cada disciplina. Este amplio abanico de expresiones encuentra acogida en las dependencias de la Subsecretaría de Cultura UNC. Sin embargo, estaba pendiente abrir un espacio a los escritores noveles, por lo que la presente edición de “Crisol de Escritores” surge con la intención de cubrir esa vacancia, apoyando por medio de una publicación impresa a quienes participan de los talleres literarios cordobeses y todavía no tuvieron ocasión de divulgar su obra. En esta oportunidad se trata de producciones literarias en el marco del taller de Hernán Jaeggi desarrollado durante el año 2018 a las que se irán sumando en el futuro nuevas publicaciones de otros talleres que se llevan a cabo en la provincia de Córdoba a cargo de literatos de reconocida Trayectoria.

Mgtr. Pedro Sorrentino

Prólogo del compilador literario

En un taller de escritura el lenguaje vive en un estado permanente de cambio, de ebullición y experimentación de todas las posibilidades expresivas de las ideas y las palabras, que se transforman e intercambian en un viaje de descubrimiento que no tiene fin, ni aun cuando el texto se considera “terminado”. Porque cada poema o cuento es el punto de partida de un nuevo viaje que permite una conexión especial con uno mismo y con los otros.

Lo metafórico del viaje explora otras significaciones que permite pensar relaciones, reflexionar/ explicar lo fronterizo, lo que tiene de liminar, lo desplazable y desplazante del lenguaje: usar la lengua común a todos de una manera original, descubrir la voz propia que nos aparta de cánones, preceptivas y desgastes lingüísticos para ofrecernos un nueva tierra, una mirada fundadora sobre los seres y objetos que no rodean en nuestra existencia cotidiana.

Esta es la actitud que se pretende transmitir a los participantes del taller. Y estos son los textos que algunos de sus integrantes que se embarcaron en la aventura de ir más allá de los horizontes conocidos.

Hernán Jaeggi

Mientras Anochece

Alfredo Lemon

I

Una habitación cerrada:
las estrellas no entran.

La ciudad respira:
está palpitando desde el fondo del cielo.

El siglo está solo.
El siglo está triste.

Fantoches,
fetiches, fantasmas,
fiesta de Fausto,
fauna furiosa.

Occidente está sucio.
Occidente está frío.

Busco una señal:
el rostro que los días me dibujan,
las huellas de mis años,
las letras de mi nombre,
el perfil que de mí hacen los otros,
arrugas y pliegues en las yemas de mis de-
dos.

II

Estoy de frente,
el destino es mi espejo.

Me invento.
Me revelo.
Me escupo.
Me pongo de pie.

¿Soy justo juzgándome ?

III

Pienso en la fragilidad de no alcanzar las cosas próximas.

Lo cercano se aleja.
Lo cercano huye.

Ajeno, el peso del orbe.
Lejano, el peso del orden.

¿Hay en el tiempo un latido que el presente no abraza?

Tiempo de plumas, plantas y planetas.
Tiempo detrás del tiempo.

Tiempo liso.
Tiempo puro.

Tiempo en blanco.
Tiempo aparte.

Tiempo al margen del tiempo.
Tiempo en pausa.

Tiempo sin la cáscara del tiempo.
Tiempo en la quietud de Dios.

Reloj de recuerdos. Ruina y desamparo.
Reloj de humo. Uñas del tiempo.
Reloj de adiós. Ancla y melancolía.

Tiempo de una herida intentando sanarse.
Tiempo de una herida que jamás cicatrizará.

IV

Olvido momentáneo del peso del tiempo,
refugio, huida:

cuando la mano escribe,
cuando el lenguaje crea,
cuando los cuerpos se beben como copas en la hora terciopelo,
cuando el amor no es más que unas burbujas de champagne,
cuando el amor salvaje se vuelve religión,
cuando el amor es una rosa entreabierta, una promesa,
cuando el amor amenaza a los amantes,
cuando el amor es un paréntesis de tiempo goteando, en el futuro.

V

El llamado de la inocencia.
El juego del niño en el jardín primero.

Entre las malezas de la razón,
¿sientes su aliento helado ?

Aparecen las preguntas:
la intemperie de Diógenes,
los pasadizos de Kant,
la pasión de Nietzsche,
el punzón de Popper,
la última risa de Foucault.

Límite donde alcanzo,
límite donde me caigo,
límite donde me canso.

Buscándome perdiéndome,
gritándome encontrándome,
oscilando entre límite

VI

La historia hipnotiza.
¿Podremos recordar que basta un relámpago para morir?

Somos un ave en el reverso del cielo.
Restos, aire, arena.

La suma del error es la certeza.
La verdad es una navaja.
La sabiduría es virgen.

La vida es pérdida.
Eclipse y purgatorio.
Renuncia.

Pero también:
la vida es un instante de peces en los labios.
Paladar hirviente.

Garganta centelleante.
Palabra en fuga.
Silencio íntimo.
Silencio último:

tiempo suicidándose,
águila agazapada,
fuego del sol en retirada.

VII

¿Cuánto va a durar este ser persistiendo,
esta percepción de estar brevemente?

La primavera nos encuentra cada año
y el otoño nos alcanza al fin.

Pasos inciertos.
Asombro y vacío.

Uno se esfuerza hacia arriba
y se duerme hacia abajo.

Vacío y asombro.
Pasos inciertos.

VIII

La memoria es frágil nostalgia,
la memoria es frágil cristal.

El tiempo es horca del títere,
el tiempo es ahogo del cisne.

Es presencia mientras digo.
Es imagen mientras pienso.

Las frases son golondrinas revoloteando el papel.

Tú me dices delectreándome
pero no soy sólo escritura.

Soy libros encendidos, cánticos.
Hojas que fueron árboles,
árboles que fueron fuertes,
sombras de árboles, sombras de nombres,
polvo en el viento volador.

La Duda

Alicia Adela Saravia

Sostenía tu mano, pero dudo
si no era la tuya la que me aferraba. Dudo
además de la marea, porque dudo
de ese vaivén inoportuno que llegó sin avisar, por eso dudo
del ritmo minucioso de esas horas. Dudo
de la certeza de la muerte porque los sueños te regresan viva.
Pero dudo
recuperar tu historia como dudo
recomponer la mía. A veces dudo
si no pasé por alto algún detalle de tu despedida. Pero no dudo
que no quedó palabra sin decir del amor y sin embargo dudo
si fueron suficientes tus esfuerzos por quedarte un poco más
conmigo. Dudo,
porque estoy en mi derecho, de la bondad de los ángeles del
cielo y no dudo,
sin lugar a dudas, que he de verte cada vez que quiera. Pero
dudo
que esa posibilidad exista en los laberintos de mi desmemoria.
Y es que dudo
porque a veces no te pienso y dudo
si no es mejor que eso suceda. A mi pesar dudo
que te alcance alguna vez en ese andén desierto, porque dudo
que te quedes esperando...No sé, a veces dudo
si la muerte no se esconde detrás de una esperanza y última-
mente dudo
simplemente, de todo aquello que llamamos vida.

La Palabra

Alicia Adela Saravia

Esa palabra ahora es un hueco en mi mente.

Yo te cuento la historia, pero ella no viene.

La anoté en mi libreta donde anoto las cosas que se caen de repente en un mundo de aire.

Ya no puedo leerla.

Es redonda, graciosa o es esbelta y se inclina.

Ya no puedo leerla.

Si te cuento la historia, no la cuento completa; rebusco la palabra, voy hacia mi libreta; allí está recostada, perezosa crisálida. ¿Será algún nombre propio? ¿Algún imperativo? ¿Exclama o se cuestiona? No la rodean símbolos.

Ya no puedo leerla.

Cuando duermo se estira, se retuerce, se altera. Me despierta un sonido que conozco y entonces retomo ésta, la historia que quie-ro relatarte y cuando llego a ella, como a una mariposa, se escapa por supuesto. Yo te pido disculpas, otra vez esta historia ha quedado inconclusa porque mi palabra se obstina en esconderse.

Se le suman palabras a mi palabra quieta, se hermanan como hormigas y el aire se detiene a mitad de camino entre una lengua estéril y un paladar absorto. No articulan, no expresan y los labios se crispan obligando a los ojos desbordarse de lágrimas...Allí están las palabras.

Esta historia que quiero contarte, si es que puedo, no será con palabras. Tal vez, posiblemente, tengas que descubrirla leyendo en otro lado.

Y llegará algún día. Y verás que la historia que yo quise contarte ya no tiene importancia.

Solamente el abrazo.

La Ronda

Alicia Adela Saravia

Ha llegado el momento de doblar las esquinas
con un giro imperfecto de bailarina ciega.
De romper las vidrieras y probarse sombreros.
De viajar en estribos y no pagar boleto.
De robarles el arma a cada policía.
De ensuciarles el traje a cada señorita.
De apagarles las velas a todos los altares
y bailar con el muerto
y comer con el viudo un banquete de flores
y no tenerle miedo a la ronda redonda
a la cama vacía
a la noche sin luna.

El Pianista

Alicia Adela Saravia

En su ropa brillaba un águila dorada.
Podría haber sido un rocker, un bombero, un bandido.
Se sentó frente al piano en un café Al Paso
en el mismo momento que un tornado furioso
atravesaba el pueblo detrás de la frontera.
Dicen los que estuvieron que volaban los muebles,
una llanta plateada se incrustó al ras del techo
y los peces del muelle de la Marina Blanca
caían como piedras con sus bocas abiertas.
Él tocaba en el piano preciosas melodías,

sus lágrimas caían como cae la lluvia
en las playas desiertas de los supermercados.
Se elevó sobre el techo al cesar la tormenta,
planeó sobre las ruinas desplegando sus alas,
se aseguró que el piano no sufriera algún daño
y luego de tres vueltas sobre el café Al Paso
voló hasta su cueva en los acantilados.
En su nido de ramas soñará nuevamente
que podría haber sido un pianista logrado.

El Farsante

Alicia Adela Saravia

Me casé para obtener un pasaporte
Un asiento en la ópera.
Para darle de comer a las polillas.
Me casé y no le puse nombre.
Eran blancos el mimbre y la cisterna.
En ese entonces, la espalda era de cedro
las manzanas jugosas y las medias de seda.
Me casé huyendo de la escarcha,
del cíclope y del laberinto.
Y para no decir nada de la nada.
Me casé para profanar tu biografía,
ensuciar tu currículum vitae.
Se tensaban los arcos por las noches
y explotaban los ríos y los pétalos.
Me casé ignorando la estrategia
del estado de sitio y el patíbulo,
y cuando tu pulgar firmó sentencia

me di cuenta que estaba enamorada
y que el odio era un farsante y se reía.

Victoria

Alicia Adela Saravia

Sumo las casas que habitan mi memoria.

La de la natalidad, la del olvido.

La que creyó amar mi madre, la del reto, la de semana santa con amigos.

Él me dejó y yo moví mis cajas, todas prolijas, todas rotuladas. Construí un muro con ellas y un buen día las abandoné y hui y me esperaron.

Lo único concreto es el cemento, mi padre y sus sermones en su auto y la infancia en terrazas con hermanos y una cama pequeña donde juntos comprobamos que el amor siempre se expande.

Hubo un violín en una funda verde.

Algo vigilaba mis pasos por entonces. Lo amé, intenté volver y fue un fracaso.

Al huir nuevamente he concretado con maestría el arte de la ausencia. Me recuerdo fumando en la montaña mientras un niño aparecía en este mundo.

Debajo del árbol de aquel patio las mandarinas caían como soles. La gata saltó por la ventana en un tiempo de sueños recurrentes. Su tibieza fue mi territorio y agradecí al fin haber nacido en la casa del Observatorio donde los ancianos murieron en sus camas con sus brazos en ángulos perfectos. La casa donde mueren los recuerdos, los avances, los sermones y los gestos. Mis cajas y sus rótulos me esperan, crecen las plantas allí donde la gata duerme en su manta blanca y las caricias casi me invitan a huir de nuevo.

El Militante

Alicia Adela Saravia

El patio con su ropa tendida en viernes santo explotó ese domingo con vidrios de ventanas.

Con ayuno y sin besos despediste la vida hasta ayer conocida.

No hay espacios ni olores que te lleves contigo.

La marcha sin cordones se dirigió a la esquina reventando faroles para borrar las huellas.

Te invitó el redoblante, esa mueca del otro, ese gesto preciso.

Si no hay sangre, no hay nada, cachetazo del viento. Siete veces miraste el cielo encapotado, sin que pudieses verlo, él se corrió una octava.

Las banderas se esconden debajo de los puentes, se revuelcan en barro, se yerguen en jirones protegiendo palabras que huyen de ladrones.

Escapándole al miedo la madrugada fría te encontrará escupiéndote tus certezas sin dientes.

Mientras tus enemigos caen en los jardines.

Suave

Carlos Rivero

Era un juego, un ejercicio en el taller literario. Nos habían pedido sacar de una bolsa un objeto al azar y sin verlo dejarnos llevar por las sensaciones que éste elemento nos producía para luego escribirlas.

Saqué el mío. De repente era niño. Un calor insoponible de enero, que nos fundía como manteca, había llevado a mis padres a comprarnos una pileta de lona.

Recuerdo que era verde, redonda y para mí inmensa. Chapuceábamos sin dejar dormir la siesta a nadie.

Ese día mamá nos permitió invitar amigos a cambio de no hacer ruido y dejarla descansar.

Todo iba bien hasta que me tiré de cabeza, pegué contra el fondo y me desvanecí.

Todo se hizo una larga noche. El tiempo se detuvo. Solo recuerdo que desperté en sus brazos, todos mirándome asustados y una caricia suave recorría mi cuerpo.

Volví a la realidad. Eduardo, mi profe, me preguntó:

- ¿Todo bien ?

- Sí, - le respondí -, ya sé sobre que escribir.

Fragancias de amor

Carlos Rivero

Su perfume se había esparcido por toda la habitación y al despertar Jorge lo percibió. La imaginó a su lado tibia y sensual. Golpeó la almohada, ya no estaba.

Él la amaba desde niño, cuando jugaban con plastilina y crayones en el jardín. Había esperado desde siempre ese momento y ahora que su sueño se cumplía, ella desaparecía como en un cuento triste.

Lamentó no haberle confesado su amor cuando la tuvo entre sus brazos, solo se había limitado a poseerla como sabiendo que aquello era algo hermoso pero efímero, una ráfaga de felicidad que se llevaría el amanecer.

¿Y ahora? ¿Buscarla o esperar que el tiempo la trajera una noche?

Respiró hondo.

Era una locura. Su hermano Gabriel nunca lo entendería.

Fusilamiento

Carlos Rivero

Dionisio Fuentes sería fusilado.

Parado frente al pelotón, con los ojos tapados, se mantenía firme. Era el jefe de la sublevación y por ello como muestra ejemplificadora el general Ramírez, representante del rey en esas tierras, había decidido su muerte. Sería en la plaza del pueblo, frente a todos, su mujer e hijos presentes, al mediodía. El silencio abrazaba a los concurrentes, quienes veían morir con él sus ansias de libertad.

Se escuchó la sentencia acompañada del sonido inconfundible de los fusiles cargándose.

Dionisio repasó su vida. Una cinta de imágenes corrieron por su mente. Todo había sido en vano, nada cambiaría. El poder feudal nunca sucumbiría y la vida de todos ellos seguiría siendo gris y triste.

- Cruel destino el del hombre – pensó - , mentira piadosa la justicia de Dios.

Los fusiles hablaron, Dionisio cayó muerto. En la plaza, frente a todos, al mediodía.

El silencio se hizo tiempo.

Pero un grito lo rompió contundente.

- ¡ Corten ¡, ¡ Se graba ¡, ¡ Perfecto ¡

El director sentado en su silla, encendió un cigarro.

El monte muerto

Carlos Rivero

En medio de lo que fuera monte, olvidado del tiempo vivía un viejo al que llamaban “El brujo”. Por alguna razón había decidido quedarse allí después que los desmontes terminaran y el carbón dejara de ser oro negro para aquellos que allí nacieron. Poco a poco se fueron yendo y se quedó solo con su monte muerto y su soledad.

No necesitaba mucho para alimentar a sus perros y a lo que quedaba de él. Con movimientos lentos realizaba sus tareas en forma metódica, sin importarle el sol, el viento o la lluvia. Comía charqui, tomaba sus mates a las horas indicadas y al caer el sol, como un rito religioso encendía velas y rociaba el rancho con esencias.

Hombre extraño si los hay, decían los del pueblo, al verlo pasar cuando se llegaba en busca de provisiones.

¿ Qué dolor había podido transformar a un gaucho en un fantasma , en una ánima esperando su destino?

Se inventaron historias, se dibujó su vida, se le atribuyeron milagros.

A más de uno tuvo que correrlo a escopetazos cansado de negar sus supuestos dones.

Así transitaba sus días Rosendo, hasta que por fin un día la muerte lo llamó. Encendió las velas, roció el espacio y luego murió sin dolor como mil veces pidiera.

Lo encontraron tiempo después. Sobre el mesón las velas aún encendidas alumbraban un retrato, y en él una mujer gaucha y sus hijos sonreían por la llegada de quien hacía mucho tiempo esperaban.

Pueblo viejo

Carlos Rivero

La tarde muere envuelta en un silencio de tumbas.

Los campos mustios y el viento acarician los muros mutilados por el tiempo. Techos rotos, soledad y olvido. Tristeza en el aire, historias de vida entre los despojos.

La noche llega y la vieja estación cobra vida.

Trajes y bastones esperan de pie en el andén la llegada del rápido de las diez, vestidos de seda y tacones se miran de reojo en los bancos de madera.

El vendedor de flores, el aroma a café y tabaco, el correteo de los niños y sus risas.

El sonido inconfundible a lo lejos los alerta. El movimiento se acelera. Besos de despedida, lágrimas de hasta siempre.

Los faroles humeantes dibujan la silueta del adiós.

La vieja máquina a vapor se aleja hacia el amanecer al escuchar el tañido de la campana, su sonido es triste como un lamento y con él los pasos cansados vuelven a hundirse en las paredes gastadas resistiéndose al olvido.

Se despiden sonriendo.

Ellos no saben, que como el pueblo, están muertos.

El cuarto

Carlos Rivero

La habitación estaba oscura y silenciosa.

Gomez llegó hasta una pared y se apoyó.

Lo habían sometido a múltiples pruebas. Siempre había querido formar parte de las fuerzas especiales y ésta última definiría su ingreso.

- Lo que planeen lo superaré – pensó.

Poco a poco, cansado, muy cansado se durmió.

Cuando despertó no sabía si era día o noche, solamente que tenía hambre y mucha sed.

- No pediré nada, me mantendré firme – se dijo.

Las luces se encendieron y dos hombres se acercaron.

Él los miró desafiante, mientras intentaba desprenderse el chaleco de Fuerza.

El funeral del ángel

Carlos Rivero

Luisito era un niño diferente, introvertido y extraño. Vivía en su mundo junto a sus amigos imaginarios y rara vez hablaba. Decía que ellos eran ángeles de colores con alas y todo.

Un día su madre lo vio muy triste y le preguntó que le pasaba y Luisito le contó que uno de sus amiguitos ángeles había muerto. Buscando entrar en su mundo y lograr mayor contacto con el niño sus padres decidieron despedir al angelito y le inventaron un funeral.

Fabricaron un cajón, consiguieron flores y adecuaron la sala. Un

ataúd vacío, la familia entera y sus amigos imaginarios acompañándolo en su tristeza.

La noche pasó y a la mañana cerraron el cajón y cuando en cortejo lo llevaban al patio para enterrarlo Luisito los detuvo:

- Papá, el angelito se despide.

El padre lo miró y en su mente se dibujó una frase: “Esto es demasiado “, pero con fingida ternura le contestó: “Sí Luisito, nos dimos cuenta “ y siguieron su camino hacia el patio.

El niño se quedó mirando la estela de plumas que caían del cajón.

¡Qué día!

Carlos Rivero

A la mañana Martín sintió los primeros síntomas.

Su cuerpo no era el suyo, algo estaba pasando. No le dio mayor importancia, tomó su mochila y partió al colegio.

A media mañana los primeros pelos le brotaron en la cara. Le picaba. Debería afeitarse.

El mediodía fue bisagra, su estómago abultado le indicó que tendría que cuidarse con las comidas y volver al gimnasio.

A la tarde jugando con sus hijos el comentario lo alarmó: - Te estás quedando pelado, pá – Corrió a verse en el espejo y sí, el estrés hacía estragos.

Se hicieron las ocho y el mensaje lo obligó a buscar los lentes. Se quejó del tamaño minúsculo de las letras del celular.

Mientras cenaban, ya solos con Marisa, ésta lo reprendió:

- Seguí dándole a la sal. Así es como tenés la tensión por las nubes, viejo caprichoso.

Se durmió con la sensación que ese había sido el día más largo de su vida.

Después de Malvinas

Elena Beatriz Ganon.

Plaza Once había cambiado muy poco. Los recuerdos punzantes del desarraigo en éste Buenos Aires de mis épocas de estudiante, me devolvieron como hacía dieciocho años atrás, la misma imagen mugrienta y ruinoso. Poblada de seres harapientos y furtivos, éstos se confundían con los cientos de gatos que la cruzaban en todas direcciones, entrando y saliendo de los agujeros abiertos en los muretes. Igual que ayer, pensé, sentándome en un banco.

En el ángulo formado por un trozo de pared y los restos de un cantero vacío, un hombre atendía un kiosco armado con tablas y caballetes. Abarrotado de chucherías, estaba dispuesto de tal manera que su dueño no necesitaba ponerse de pie para alcanzar la mercadería. Sentado sobre un taburete bajo, apoyaba la espalda en una de las patas de la tarima y sus piernas permanecían extendidas e inmóviles.

La noche pintaba fría y el hombre del tenderete, tomándose de los tablones, se puso de pie para embolsar sus cosas. Seguí sus aprontes de partida hasta detenerme en su rostro, salté de mi asiento y en dos zancadas estuve a su lado.

-¿Julito Guzmán?- pregunté.

Giró sólo el rostro, sin sorpresa, y me dijo con la misma tonadita de la infancia:

-¡Hermano, tanto tiempo!

Julito nació allá, en las orillas de La Banda, en un Santiago seco y desolado donde también nací yo. Compartimos la primaria, la pesca de bagres a la siesta, los bailes de las trincheras y los tres primeros años de la secundaria. Cuando terminé el bachillerato, vine aquí en busca de un título universitario pero dos meses antes de dejar Santiago, a Julito lo incorporaron al servicio militar. Poco tiempo después la apelación al sentimiento patriótico, en boca de un milico borracho, tronaba por los medios. A Julito lo llevaron lejos.

Luego del derrumbe de las ilusiones, detrás de los fuegos artificiales de una victoria que era imposible, algunos volvieron, otros quedaron bajo la costra helada de las islas. A Julito se lo tragó la tierra, el mar o la nieve. Ni lápida ni regreso y lo olvidaron todos, los de arriba y los de abajo, hasta yo, que fui su mejor amigo. Pero a lo mejor no lo olvidé, solo acomodé los recuerdos en un montón prolijito, limpiándolos y acunándolos todos éstos años para que no me dolieran, para que me dejaran dormir tranquilo. Pero ahora Julito estaba a mi lado, en ésta plaza donde allá por las invasiones, peleamos contra los ingleses. En éste cuadradito de Buenos Aires que lo retiene durante varias horas por día sin que yo sepa por qué y entonces me acordé de la foto: el equipo de fútbol de La Banda, diez jugadores y Julito en el medio sosteniendo la copa.

El montón prolijito se vino abajo y recordé sus gambetas, su llegada al arco, limpita, y esa patada que sin amagar embocaba como bala. Era el mejor goleador del Sarmiento, el mejor, y volvieron, atropellando, las noticias de Malvinas. El frío y el hambre de todos los Julitos y su desconcierto cuando antes de viajar, decía que para él, Las Malvinas eran unos gusanitos amarillos en el mapa y se reía en el andén cuando el tren se lo llevaba a la Capital.

Nos mirábamos ahora con ese pedazo de vida de por medio que cada uno caminó por su lado, pero el puente que nos hubiera acercado, esa pregunta grande y su respuesta quedó dentro nuestro. Sólo hubo un abrazo fuerte, sin promesa de reencuentro.

Caminé hacia la salida y me volví para mirarlo por última vez. Julito ahora caminaba alrededor del kiosco arrastrando una de sus piernas. Y otra vez los recuerdos: era el mejor goleador del Sarmiento y pateaba con la izquierda.

Domingo Domingo

Elena Beatriz Ganon.

Le estoy escribiendo una carta a mi viejo porque él se debe estar acordando de que hoy es mi cumpleaños y que cumplo diez. La abuela dice que no se la van a entregar pero yo la mando igual y en una de esas se la dan. Mi viejo está en una cárcel allá en el sur y quiero contarle que él no es el único que la está pasando mal. No entiendo bien eso que me recomiendan todos los de la familia y sobre todo la abuela eso de que no diga que mi viejo no está ni por ladrón ni por asesino bueno claro que no está allí por eso pero no sé bien por qué está parece que eso es un secreto yo le voy a contar en esta carta lo de Domingo Domingo porque mi viejo también lo quería y lo quería mucho.

Papá ayer volví del internado y traje muy buenas notas esto es para darte un alegrón viejo y apenas llegué fui a la panadería para ver a Domingo Domingo estaba el padre solo y le vi una cara muy rara y ahí me contó que a mi amigo lo mató la rodada del zaino que se asustó de una víbora en medio del camino cuando volvía de la represa y se quedó en la cuneta con el cuello roto y los ojos blancos así dijo el padre y yo estuve tres días en mi pieza y no quise comer porque yo te pregunto a vos que sos grande y debes estar jodido qué hago yo ahora sin Domingo Domingo cómo voy a ir a pescar bagres en el canal cómo voy a juntar solo las botijas y los chilalos que le gustan a la Rosita si él tenía una cortaplumas filosa que a mí no me dejan tener ni usar y sin eso no se los puede sacar cómo vamos a ir a juntar tunas para la abuela con quién voy a jugar a la taba y al tejo como jugaba con él y encima no te tengo a vos yo ya aprendí hace rato a usar las comas y los puntos pero hoy no tengo ganas de ponerlos me parece que así estoy hablando con vos y no sé si sabes por qué a él le decíamos Domingo Domingo es porque se llamaba Domingo Dimas entonces un peón de la panadería dijo un día que sonaba igual Dimas que Domingo y de allí le quedó lo de Domingo Domingo y por qué no me avisaron no voy a perdonar

a ninguno y ahora recién es Diciembre y yo qué hago hasta marzo sin Domingo Domingo decime vos qué hago porque la abuela y la tía Marga me llenaron de lápices de colores y plastilina y témpera y me regalaron una pelota grande y un montón de libros de cuento y me cambiaron la bicicleta por una más linda y más alta pero todo eso no me importa sin mi amigo porque me acuerdo que le gustaban las fibras y dibujaba mulitas de colores y loros y cuises esto era en los días de lluvia cuando tenía que quedarme adentro y él se cruzaba de la panadería y tomábamos mate a escondidas porque la abuela todavía dice que los chicos no toman mate y yo pienso que tampoco deberían mor rsenos los amigos a nosotros los chicos pero hoy la abuela me vio tan triste que me invit  unos amargos yo nunca pregunto cuándo vas a volver para no parecer una nena llorona pero te extraño.

Chalo

Elena Beatriz Ganon.

En el día de la Virgen

Mezquino de palabras y movimientos, oblicua la mirada, el Antonicio Ver n, apenas si tenía nombre y apellido.

Alguien habl , tarde en la noche, señalándolo en un entrevero de alcohol y cuchillo frente a las puertas del boliche, pero lo cierto es que las primeras claridades solo iluminaron un anca tobiana y las espaldas del Antonicio dando largas a las riendas por el camino que lo sacaba del pueblo.

Tal vez comentarios sobre su ausencia hayan ocupado alguna mesa de truco, una cuadrera o la tabiada de los asados pero Antonicio nunca supo que en el suceso que le apuntaban no hubo un muerto. Se march  creyendo que el cuerpo que no pudo esquivar

su embestida había quedado tendido para toda la eternidad.

Allá en su exilio, no le llegó nunca el nombre de aquel a quien había topado, y un día necesitó volver. Lo hizo cinco años después, una siesta de enero y enfiló para el boliche.

En el mostrador pidió ginebra para él y convidó otro vaso al único parroquiano que a esa hora estaba sentado ante una mesa.

-Usted ¿cómo se llama? – preguntó para escuchar aunque más no fuera un saludo.

-Maidana, amigo, ¿y usted?

-Verón, Antonicio Verón.

Maidana arrastró su silla hasta la mesa del otro y pidió permiso para sentarse.

-¿Forastero?

-Casi – contestó Antonicio.

Algo acercaba a los hombres y la ginebra hacía lo demás.

-Una noche, mire don Antonicio, hace cinco años, me topé con un hombre aquí mismo, en esta puerta. Nunca supe que fue de él y si quedó muy jodido después de la pelea pero yo lo busqué y creamé que lo sigo buscando.

- ¿Sabe?. A mí él me dio de refilón en una costilla, la mamúa que tenía encima me acostó un rato. Cuando me paré el hombre se había ido y nadie quiso decirme su nombre.

-Le cuento para sacármelo de encima ¿sabe?, lo cargo como una cruz y no quiero morirme sin saber quién era ese cristiano.

-¿Nadie le dio una seña? – preguntó Antonicio.

-Nadie, y es de hombre y está bien que así se haya hecho. Yo estoy emperrado en encontrarlo, pero para bien. Salud, Don Antonicio. Se apeó el milico de recorrida para refugiarse del sol y echado sobre el mostrador, escuchó el relato del dueño del boliche:

-Estos dos ya ni se acuerdan de ese domingo del día de la Virgen porque estaban borrachos como chivos. Al Antonicio no lo volví a ver hasta hoy y Maidana desde esa fecha me viene preguntando por él después de la quinta copa, el pobre carga una culpa vieja. Ahora chupan juntos y no saben quién es quién. Por ahí las casua-

lidades juntan a los hombres y si no, vea a estos dos, ni la mujer les estorba pero algunos se quedaron con la sangre en el ojo. Cada uno tiene sus enemigos, los necesarios para armar dos bandos.

Eso tan salvaje

Elena Beatriz Ganon.

Una mujer llora abrazada al poste que sostiene el alero común a dos cabañas, tiene la mejilla apretada contra la madera, la cabeza echada hacia atrás, apenas le cubre el cuerpo un trapo de colores. Sentada sobre el piso de piedra, sus piernas flexionadas también rodean la columna y llora con gritos. Gritos agudos, aullidos que la obligan, entre bocanada y bocanada de aire, a sacudir su espalda, a convulsionar por un corto momento hasta un nuevo alarido. Las lágrimas le lavan los ojos y se escurren en gotas pesadas por el pecho descubierto. No pide nada, no mendiga la calma de una palabra ni el ademán de consuelo, llora sin importarle mi presencia, no ha girado la cabeza oscura, no me ha mirado. Un gesto desafiante, animal, le dilata temblorosas las aletas de la nariz y el sonido único de su garganta se me ocurre el reclamo primero de la especie. Es seguro que su llamado tiene un destinatario pero solo le contesta el mar con sus embates rítmicos sobre las rocas de la orilla.

En cierto momento hace silencio, aparta la cabeza, suelta el madero y se queda así, desmadejada, mientras su respiración se va aquietando. Imposible intervenir, todo eso, incluida la luna sobre ese mar de hojalata, todo eso es exclusivamente suyo, inviolable y secreto. Quiero hablarle pero solo consigo un ruego silencioso: -¡Por favor! no te levantes, no te recompongas como lo hacen, después del llanto, casi todas las mujeres del mundo. Quedate

así, desconocida y acechante, quedate así. Paradas las orejas, dejá que tu boca se alargue en un hocico y los dientes brillen con cada golpe de luz que permita la sombra de una nube.

De repente tengo miedo, no de ella sino de eso tan salvaje. Presiento que algo debe completarse, el círculo debe cerrarse. Busco el cobijo de mi cabaña pero, mientras entorno la puerta, miro hacia la fronda donde algunas ramas se agitan más de la cuenta.

Un final servido

Elena Beatriz Ganon.

Cuando llega la noche las voces y los ruidos se acallan en estos cuchitriles y es entonces cuando estoy atento a la figura sentada, inclinada sobre el teclado de su ordenador. El escribe, yo también y no es casual que su escritorio esté situado justo al frente del mío. En éste lugar, a la hilera de pequeños cubos con pretensiones de departamento, solo los separa un estrecho corredor y tienen una única ventana con vista al exterior, de allí el enfrentamiento, pasillo de por medio, que me permite observar los movimientos del hombre llegado hace un par de semanas.

Es metódico, ocupa una silla siempre a las veintidós horas, posa un termo a su derecha, del que se sirve café repetidas veces y teclea sin parar hasta altas horas, nunca levanta la vista de la máquina. Solo diré que es joven y tiene el pelo amarillo. En algún momento de la madrugada aparta la silla y sale de escena, momento en que forzosamente termina mi expectante vigilia. Vigilia que no es gratuita, yo también escribo, mi novela avanza muy lentamente y necesito la irrupción de un personaje.

Algunas veces por la tarde, abandona el cubículo y ya en la vereda dobla siempre hacia la izquierda. Los días en que no sale, nadie lo visita, tampoco realiza labores domésticas. Visto así, no mere-

cería que yo controle sus movimientos porque no hay un solo desplazamiento, un gesto suyo, algo significativo que le ayude a mi obra a salir del estancamiento. Es un tipo común y corriente, o al menos a mí me lo parece, pero a pesar de ello, esto también va a mi obra. Tal vez tenga que esforzarme para que pase algo. Para que una cosa por pequeña que sea, lo sacuda-me sacuda. Nada personal porque él para mí es un perfecto desconocido, ni siquiera sé su nombre y así debe ser.

Pienso en un anónimo pasado por debajo de su puerta, un sonido lóbrego junto a la ventana, luces restallando sobre los cristales en horas de la noche. Invierto buena parte de mi tiempo en armar estrategias que pronto desecho por groseras, burdas, poco dignas de un hombre como yo que no quiere servirse de trampas para provocar una situación.

En un tecleo desesperado digo que él debe venir a mí y como las arañas me dedico pacientemente a esperar la presa. Pero entiéndase bien, no quiero un acercamiento doméstico, una charla, un saludo, esas cosas que solo conducen a una convivencia aburrida. Pretendo de él una señal. Un leve toque sobre mis hilos tendidos será suficiente. Esa señal llega esta noche de lluvia en que, imprevistamente, levanta la vista de la pantalla y sus ojos enfocan mi ventana. Las rachas de lluvia sobre el cristal, desdibujan su imagen, aún así y a la escasa luz del cuarto, más que ver, percibo que me mira y su mirada no es precisamente de buen vecino, es un mensaje mudo, atemorizante. Ningún otro gesto del rostro o del cuerpo lo acompaña. En el silencio y la oscuridad de la noche, solo sus ojos me amenazan. No siento miedo, si lo sintiera no podría describir la intromisión, el quiebre en éste juego de acechar y esperar.

Ahora, precisamente ahora, me muestra un perfil y el brazo que se alarga en busca del picaporte. Con el sonido de la llave en su cerradura, pongo un punto final en la hoja que acabo de escribir y tengo todavía unos segundos para escuchar sus pasos que cruzan en dirección a mi puerta y preguntarme si me quedará tiempo para agregar algo más.

La decisión de Roberta

Elena Beatriz Ganon.

La situación es difícil, equivocamos el sendero de la montaña por donde descendíamos junto a un grupo de amigos. Creo que esto se debió a la conversación que manteníamos con el ornitólogo que a cada momento señalaba un pájaro y hablaba sobre sus características haciendo que, retrasados, perdiéramos de vista el rumbo que tomaban los demás. La excursión no tenía guía, se suponía que todos conocíamos lo suficiente como para no necesitarlo. Los rezagados somos tres, un triángulo que me atormenta. Roberta no quiso participar tal vez porque sabe que yo sé de más de uno en discordia. Nos esperaría en el refugio de la base. Agradezco la charla que me distrae de la angustia por el naufragio de mi noviazgo. Si regresamos - ¿A cuál de nosotros espera Roberta?

Lo primero es establecer el curso del río. Después de algunas deliberaciones iniciamos la marcha cuesta arriba, pero los montes de tabaquillo, ausentes en el ascenso ahora confirman que ese es un camino equivocado. Esperábamos sentir el olor del agua y solo tenemos un sendero que se borra, las piedras y los arbustos son todos iguales. Imposible fijar una señal y no tarda en aparecer la conducta típica de los que se pierden en la montaña: caminar en círculo, iniciar una senda y después tomar para cualquier parte. Todos participamos de las maniobras para encontrar el camino pero ninguno acierta. Una pregunta me atormenta: si regresamos los tres, ¿a cuál de nosotros espera Roberta?

Cuando el sol declina, nos topamos con una cueva, huele a puma y a humedad pero de todas maneras es un buen refugio para pasar la noche. El de los pájaros prefiere encarar la oscuridad. En la madrugada sentimos un grito y luego otra vez el silencio pesado de la altura. Con las primeras claridades divisamos su cuerpo despatarrado, muchos metros abajo. Permanecemos un rato al borde del precipicio con la mirada dolida puesta en esa figurita, entonces todavía puedo pensar: Y ahora, ¿a cuál espera Roberta?

En este tercer día el sol nos ha enrojecido la piel, se acabó el agua de las cantimploras y las pocas galletas, el hambre nos mortifica y no aparece ni un socorro, seguimos deambulando sin rumbo. Ocupamos otra saliente de piedra y aguardamos el amanecer del tercer día. Mi compañero flaquea, se niega a caminar y está deshidratado. Decido dar una vuelta en busca de señales, el calor sofoca la respiración, avanzo con dificultad, me duelen los ojos y opto por volver a la cueva. En el interior está él con la boca lastimada y los ojos muy abiertos. A pesar de la temperatura, ya tiene la cara fría. Me arrodillo para bajarle los párpados y entonces escucho muy cerca el ruido de un motor. Es doloroso no saber a quién esperaba Roberta.

Su segunda muerte

Elena Beatriz Ganon.

-No me animo

- Pedile, tonta, y que te lo descuente a fin de mes.

- Si es para esto, ni loco me va a dar la plata.

El viejo no me trata mal, apenas si me saluda y lo único que quiere es que le tenga bien lustrados los zapatos todos los días, no me pide más. Ella tampoco me mandonea, jode mucho con la limpieza y el planchado pero aparte de eso, le doy vuelta la casa y no me hace ninguna queja. Son buena gente pero copetudos. A veces nos largan palos a nosotros los negros, pero sin nombrar a nadie. La negrada dicen.

Allí va la Lugarda, como todos los días, o a lo mejor es un solo día y una sola Lugarda. Una historia y una sola única parte de la historia de todas las Lugardas, de todas las mujeres como ella.

- ¿Le vas a pedir? mará que te quedan tres horas para el Mixto y

tensé que prepararte, lleva ropa gruesa, hace mucho frío allá.

Yo le agradezco a la Mecha que me anime, para eso es mi prima. ¡Claro que quiero ir! tengo un dolor muy fuerte adentro, ¿Sabe señor Francisco?. El mismo dolor que cuando se me murió la Mariita y eso que era recién nacida, el mismo dolor.- ¿Sabe, Señor Francisco? yo tengo que verlo porque, ¿sabe?, mi familia le debe mucho y mi viejo dice que todos le debemos algo y que vino enfermo de estar tan lejos y vaya a saber cómo vivía allá.

-¡Mierda! ¿Para eso querés la plata?

El señor Francisco me gritó fiero, pero al ratito nomás, como me vio parada como una estaca, se acercó y me dijo que lo había pensado mejor y me regalaba el pasaje porque: --Lugarda, ¡a esto hay que festejarlo!, andá nomás, andá.

Y me fui nomás, y tenía hambre y frío aunque repartían mate cocido y galleta y me dolía el pecho por ese santo muerto allí en el fondo del cajón y Buenos Aires tan grande y yo tan sola y sin conocer a nadie en medio de tanta gente.

Se acercó un policía y me debe de haber visto tan desgraciada que me preguntó si de mi pueblo no habían fletado un ómnibus para darle el último adiós.

¿El último, Lugarda? El último o el primero, no importa. Repetido, infinitamente repetido por todos los hombres y mujeres que bajo un sol de fuego o aquí, aguantando la lluvia en este julio helado, a lo largo de la Callao o en la puerta del Congreso, despiden a un hombre que está muriendo su segunda muerte.

-Qué va a poner vehículo el intendente, si lo odiaba- eso le dije al milico y estaba oscureciendo cuando llegué a la par del cajón. Sumidito, como más chiquito, y eso que era grandote, yo no me voy a olvidar nunca. Pasé la mano por el vidrio y me santigüé para darle el último adiós al General.

-Esta vez se murió en serio, ¡por fin!-dijo un señor de sobretodo peludo, pero con voz bajita, no sea cosa que alguien se le viniera encima. Yo lo escuché pero qué me hace si esa fila larga, larga, daba la vuelta al mundo

La calle del tiempo atrás

Elena Beatriz Ganon.

Filtran las hojas un sol que se amoneda sobre la tierra zumbona de abejorros. Quema el viento norte arrasando la jactancia de los espinillos que luchan por explotar sus amarillos. El verano sorteaba las criaturas de colmillos y otras de alas de muselina. También quiere sortearme a mí. Una pulseada que tengo que ganar porque este pedazo de monte es lo único que pude reconstruir con una fidelidad casi fotográfica. Un pedazo de monte que aún reconozco, intocado, mostrándose sobre las ruinas.

Creía que encontraría una voz, un trozo de esa vida que antes tuve y sólo está el pueblo sin ese misterio que yo, desde allá lejos necesitaba colgarle para que tuviera la precisa eternidad de mi nostalgia. Una ansiedad última sigue ahora el cauce de esa calle que llevaba entonces al cobijo de una casa, a un aljibe embrujado, un cajón con cucharas y palotes sobre el cuaderno de hojas cumplidas. Caminando encuentro un otoño de maderas carcomidas, atajos que no llevan a ninguna parte y uñas de salitre sobre las cosas. De ese tren que silbaba, traía y llevaba hijos, novias, soldados, comida, herramientas queda apenas el rastro de rieles a los que de vez en cuando una luna le arranca sus últimos brillos. Cuando las sombras se recuestan, me asalta el olor de un fuego de leñas, vuelvo al camino llevándome una herencia de hogueras y el sonido largo de alguien que silba. A ese que fue mi pueblo, ahora sin misterio, desnudo y ajeno, le doy un adiós definitivo.

HACER POESÍA

Alazraque Gladys

Hacer poesía no es hacer un tajo en el mundo
para que algo se abra
y vuelva la melodía al paraíso del engaño.

Hacer poesía no es el llanto, la nostalgia,
el canto del pájaro que alegra el alma.
no es la risa de un niño ni el enamorado lastimado.

Hacer poesía es un grito cerrado,
una puerta ronca
y una calavera en la mano.

Es romperse en pedazos sin gravedad y sin cuántica
y al vibrar en el aire caer en el aljibe
resucitando en las colisiones del mañana.

REPETICION Y GENERO

Alazraque Gladys

Se cayó el infierno y retumbó callado.

Son retorcidas chatarras diseminadas
En el puente de la nostalgia.

Es el sabor amargo y el olor caótico
El que cruje por la boca.

Donde cuelga esa palabra hiriente
Que azota.

Se perfora y derrumba la coraza
Que sabe a vacío y negras escarchas.

Se desparrama, no queda nada
Sólo sangre helada.

Y es en el maltrato silencioso crujiente de dolor
Donde ruge el cuerpo y calla la voz.

Es la miseria de la encrucijada
Echa perversión que socava.

Sí, se derrumbó el infierno y es en el agujero
Del que llora su sufrimiento
Donde se corta la visión.

Disputas de bestias humanas
que repitiendo a sus ancestros reflotan
cavidades de los muertos.

PAPHLAGONIA

Alazraque Gladys

Viento Patagónico
lamento de un pueblo que grita su historia.
Danza que sopla de la entraña
y coagula en la sangre del calafate.

Pasado abominable que se hizo aire
y juró sacudir hasta el infierno.

Pisada tehuelche que marcó la huella
donde hoy se respiran
cómodos recintos para extranjeros.
Esta tierra tiene dueños,
Mendiga el viento
mientras rezan los glaciares
con el frío de los muertos.

BASURERO ELECTRONICO

Alazraque Gladys

Akandirike va
Akandirike descalzo va,
Akandirike sueña que su padre vendrá.
Busca cobre busca hierro
en el suelo come duerme.
Akandiriki va Akandiriki viene
Anda solo y no se detiene.
Akandiriki desarma cobre, hierro rescata.
Akandiriki sabe la chatarra lo mata,
Akandiriki no sabe quién la manda.
No sabe de plomo cadmio
sabe de hambre y calla.
Del hedor respira plástico quemado
humo apetrolado .
Akandirike no sabe de venenos del mundo.
Akandiriki ve containers

y en la alegría basura revuelve.
Negro vertedero en verde tierra negra
subsistencia en dorado sol.
Akandirike trece años cumple hoy,
Akandirike hace seis años
sueña con el mar,
Buscar a su padre vivo o muerto.
Akandirike grita en silencio
Crecer, crecer!
visitar la tumba de mi madre!
y sueño, sueño con tener hijos
para que un día cuiden de mí!
y rápido, rápido no hay tiempo
a los veinticinco estaré muerto!
Llora África piel negra,
ojos celestes de cielo y lágrimas
intemperie pura, rincones abiertos.
De los ancestros negros un alarido mudo resuena
no somos ratas ni basura queremos....
Akandiriki va Akandiriki viene anda solo y no se detiene.

DESPRENDER-SER

Alazraque Gladys

Se sacó el reloj y lo abandonó el tiempo,
Regaló su calidoscopio y dejó su infancia,
Vacío su biblioteca y donó sus zapatos.

Desarmó uno a uno los nudos apretados,
Balanceó la palma de su mano
Y en libertad quedaron sus amados.

Finalmente el mundo giró hacia él mismo,
Y logró ver la cara de su escasa sabiduría.

Escuchó los pájaros y el viento ...
Y en el ruido cósmico, vibró su Ser.

LA RESPUESTA A TODO

Alazraque Gladys

Transcurre en el cuerpo
Y se desliza entre la gente
Forma historia y deshace ilusiones.

Va de prisa y lentamente
Avanza y retrocede
Se acerca y se hace propio
Y es tan lejano que no lo reconozco.

Dice todo sin decir nada
Marca huecos y deja rayas.

Inunda y aplasta
No pregunta y pasa
Es calma en el tormento,
Es La respuesta a todo
Es El Tiempo.

Graciela Bargeró

sueño
entro sigilosa
en ese letargo
envuelve mi cuerpo
escamas de peces
me miro al espejo
mi boca es de pato
nadan por el cielo
caballos de raza
un corcel
inicia la tropa
su cara imagen
de don atahualpa
en vez de tranqueras
cuerdas
trinos sofocantes
llama mi atención
edith piaf
cristalizada en gorrión
enhebra plumas
eduardo galeano
jirónes
de américa latina
ojos de lince
retratos
que apurada cuelgo
sobre chorros de agua
julio boca
detiene el flujo
despliega sus alas
a ritmo de tango

luis iglesias
protege al niño
resguarda
expresión creadora
transformado en ciervo
me lee sus libros
y yo me enajeno
con estrellas
peoncitos
son sus predilectos
con picos muy raros
acuden volando
buscando ansiosos
su guía certera
luciérnagos
abuelas con pañuelos blancos
rastrean sin tener descanso
rugen con sonidos graves
llaman a su sangre
junto al rinoceronte
salvador dali
sigue galopando
deja a su paso
pinceles colore arcilla locura

Graciela Bargeró

canguro
que sigiloso
llegas a la casa
cuando la olla

en vuelo de ala
atrapa la cocina
flan que en tu
revoloteo
perfumas el muelle
sellar
cerrando
la oración se eleva
mientras zulma
espera
esperanza

Graciela Bargeró

mi mente navega
por brumas
silenciosa añora
recuerdos queridos
recuerdos perdidos
nada recuerdo
nada por brumas
mas el ruido del tren
me sale al paso
me abruma
con ofrendas muy queridas
dora la alegría mi presente
me sorprende mi memoria
ha estallado en recuerdos

Graciela Bargeró

voy a quedarme acá
como una planta
que se mueve
pero la raíz no lo permite
la atrapa
ni un centímetro
más bien menos dos
sólo mis ramas
bajan hasta el suelo
se entreveran entre ellas
hacen tanta fuerza
se desgarran de mi alma
el verde de mis hojas
se torna amarillo
en el suelo crujen
convertidas en marrón oscuro
el sol callado me recorre
de un extremo a otro
los pájaros comparten mi agonía
la tarde aparece
vestida de negro
sólo las estrellas
brillan
ocultan sus lágrimas

Graciela Bargeró

cuántas veces
por la cornisa camino
por el viento de relojes
encaramados al fuego
con su tic tac
corazón
cornisa
en las noches
bajo la mesa late
sólo un niño lo espía
desde un ángulo amarillo
rojo espera
aquella dama
que el mar sostiene
inflexible sin apuro
suspira su zapato
rojo vivo

Graciela Bargeró

estoy dormida sobre un rojo toro
cuando me acerco desaparece
en la escalera trepan zanahorias desnudas
hablando amarillo hacia abajo
no sé con quién hablan

sus palabras viejas
no tienen sentidos
han perdido el rumbo
nacieron con el universo
las nubes compran huevos y cocorean con las gallinas
nubes nuevas se compran solas
con gotas extra chatas llenas de repollos
discuten dormidas
lloran por cuatro
bajo la tierra
el sol apagado
no quiere asomarse
un temblor lo persigue lo acosa
verde lo ha dejado

mi hermano me llama
no lo veo
recorre el dormitorio
mirando el río entrometido
que pasa por mi almohada
buscando al toro azul
que se evaporó detrás de las pisadas

la noche rosa
varitas juegan con sus luces
coquetean con las estrellas que no están
varios patos
cruzan el techo sin paredes
jugando a la pelota
vecinas protestan protestan
ante un juez que cabecea el balón
vuela un coche marcha atrás
sin asientos
y nos lleva a todos
menos uno

Graciela Bargeró

es un silencio amaestrado
que cada rato resuena
y nada
y nada sorprende
en la nada se ha quedado
parece que estamos mudos
ni el viento lo mueve
los pájaros están inquietos
el silencio no es buen agüero
ni las flores se han movido
los girasoles se miran
cara cara
tratando de protegerse
el sonido ha sido preso
empuja muy enojado
discute
pero no lo escuchan
sus palabras
no le salen

Graciela Bargeró

bajo subo
subo bajo
el ascensor me retiene
el ascensor vio mi cara

caras que me miran
ojos que rechazan
vendas que subieron a mi rostro
invadidas de colores atrevidos
que bajan sin apuro por mi cuello
paramos en el quinto piso
las niñas no quieren entrar
la madre las empuja
lloran
me señalan
- ¡qué se baje!
- ¡qué se baje!
disimulada me doy vuelta
mirando el espejo
ahora no lloran
gritan
se tiran al suelo
la señora se pone nerviosa
- ¿pero qué pasa?
- hay dos monstruos en el ascensor

Al Atardecer

Marcos Schapira

El pueblo es un anciano que se ha extraviado en la llanura y se ha dormido al lado de la estación de tren y sus vías oxidadas. Los jóvenes lo han abandonado, los muertos yacen olvidados en el cementerio y en la plaza tan solo los yuyos y el viento juegan en las hamacas desvencijadas.

—Haceme caso Juan, tocá el riel. No es una vibración; es apenas un cosquilleo en la punta de los dedos. Algo está viniendo, estoy seguro.

La brisa de la tarde le mece los pocos pelos que aún le quedan. Para José, el andén es una playa acariciada por el ondulante mar de los pajonales que se extiende por la llanura, un mar por el que hace mucho tiempo han dejado de navegar los trenes. Aún así cuando está parado en el terraplén siente la inmensidad como si estuviera sumergido en el agua del océano.

—El tren no vendrá, hace rato que se ha olvidado de nosotros-. No creo que nunca más nadie transite estos rieles —le dice Juan desde el andén mirando hacia el este.

Una pequeña porción de la luna llena comienza a nacer donde terminan las vías, mientras que por el poniente—en el otro extremo— el sol, como una gigantesca fragua, amenaza con convertirlas en una lluvia de acero ardiente.

—Vendrá —se esperanza José—. La luna emerge lentamente resaltando los rieles herrumbrados que en ese atardecer único la conectan con el sol— ¿Escuchaste?

—Sí. Los loros se pelean entre ellos para encontrar su lugar en los nidos. Nunca los había visto tan alborotados—dice Juan cambiando de tema.

Frente a la estación, en el pequeño bosque de viejos eucaliptos, los loros se apresuran para pasar la noche.

—Fue un silbato Juan. Escuchá bien.

Juan niega con la cabeza pero esta vez una sucesión de tres silbidos que parecen provenir de la luna lo sorprenden. Dice:

—De acuerdo, se oyen los silbatos, pero no se ve el tren.

—Hay una columna de humo negro. ¿Lo ves contra la luna? - se impacienta José.

—Es tu imaginación, olvidalo, el tren no vendrá. Me voy a pre- parar unos mates— y se mete en la estación que les sirve de refugio.

En la calle principal una ráfaga levanta una nube de polvo que parece un fantasma atravesando el paso a nivel. Eso es todo: nada se mueve en el pueblo abandonado.

Cuando Juan regresa con la pava y el mate, la figura de una locomotora a vapor se destaca lejana. La chimenea expulsa una densa nube de hollín y el vapor se escapa por los costados.

—Se parece a nosotros José. Es tan vieja que apenas se mueve y en cualquier momento estira la pata.

—Lenta pero segura, como vos preparando el mate —responde José riendo—. En media hora estará llegando. Quizás estén probando las vías. Es un buen momento para tomarse unos mates.

Pronto el familiar sonido del traqueteo de la máquina alcanza la estación como en los viejos tiempos. Los rieles se aprestan a soportar el peso del monstruo apoyando su espalda en los durmientes. Un agudo chirriar de cadenas y engranajes comienza a mover la señal del paso a nivel que, desconcertada, se empa- ca en la mitad del recorrido. La locomotora, ennegrecida por el hollín, se acerca limando las vías; los durmientes crujen a su paso. Parece una viuda arrastrándose lentamente con su bastón. Lanza un silbido agudo. Los loros del bosquecito huyen furiosos.

—Han accionado los frenos—dice José.

La locomotora se detiene. El fuego de la caldera se está oscu- reciendo como el horizonte. Lleva enganchado un solo vagón de pasajeros, los vidrios cubiertos de polvo no permiten ver el

interior.

—Parece que no hay nadie Juan. Subamos.

—No te apresures José, se quedará aquí: la caldera se está apagando.

Ha anochecido. La locomotora tose y lanza una densa columna de humo negro que se eleva más alta que los eucaliptus. En su último suspiro, el vapor escapa por los cilindros y se escabulle por el andén.

—Vino a morir aquí junto con nosotros—se lamenta José.

Todo está en calma.

Los loros se atreven a regresar a sus nidos. El hollín va descendiendo sobre la estación como la negra capa de un mago. Los dos viejos se van esfumando en el andén, mientras el pueblo llora su soledad bajo la luz de la luna llena.

En El Tejado

Marcos Schapira

Yo sé que alguien vendrá. Los gatos lo traerán. Vendrá de noche a buscar cobijo y atravesará el jardín. Los gatos lo traerán danzando a su alrededor, metiéndose entre sus piernas con su baile hipnótico. Él me verá sentada en la galería y me dirá: “Estoy buscando hospedaje” . Ellos se perderán en la hierba alta del prado y desaparecerán en la neblina regresando a los acantilados y nos dejarán solos. Nos sentaremos en la galería y nos envolverá el rumor cercano de las olas y esa noche, por fin, no necesitaré treparme al tejado.

— ¿Cómo te llamás?

—Andrés.

— Yo me llamo Gala. ¿Qué estás haciendo por esta zona?

—Estoy recorriendo la costa. Me descuidé y me agarró la noche, pero los gatos me guiaron hasta aquí.

—Mis mininos son muy serviciales: cuando encuentran a alguien perdido en la oscuridad lo traen —dijo Gala y se sentó en cuclillas acariciándolos, mientras hacían una ronda a su alrededor.

—Sus ayudantes son muy eficientes, la felicito.

Gala se puso de pie y ellos desaparecieron de inmediato.

—¿Tiene alguna habitación disponible? —dijo Andrés.

—Sí. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—No tengo un plan, partiré cuando sea el momento. Pienso que un par de días por lo menos.

—Por favor tuteame. No le hagas caso a la diferencia de edad. Vos sos muy joven, pero yo no soy tan vieja.

—Claro que no—dijo Andrés.

Gala se movía con suavidad. Cuando caminaba, todo su cuerpo acompañaba el movimiento de sus pies que acariciaban el piso casi sin tocarlo. Se veía joven y elástica. Tan solo sus ojos denotaban una edad incierta. La casa estaba casi a oscuras

—Está oscuro aquí, ¿No prendés las luces?

—Disculpame, nosotros vemos muy bien de noche: nos encandila la luz excesiva.

Gala prendió una luz tenue. Andrés desechó la primera impresión de que sus pupilas se tornaban ligeramente ovaladas. Conversaron hasta que el siseo de los cuerpos de los gatos rozando la hierba anunció su regreso. Entraron a la casa saltando por la ventana del living y desde la cocina llamaban con un coro autoritario de maullidos.

—Están hambrientos. Esperame que les doy de comer. Vos también debés tener hambre; voy a preparar la cena.

Los gatos comieron y volvieron a la galería. Mientras Gala y Andrés cenaban se movían alrededor sin pausa como el agua del mar yendo y viniendo entre las rocas. Andrés subyugado por esa danza interminable no podía dejar de mirarlos.

—A algunos les impresiona verme comer pescado crudo. Nunca lo hago cuando hay extraños, pero con vos es diferente.

—Tampoco usás cubiertos —dijo Andrés.

—A veces los uso.

Gala señaló con un ademán amoroso a sus gatos:

—Paso mucho tiempo con ellos. He adoptado alguna de sus costumbres.

—¿Salís a cazar ratones? —bromeó Andrés.

—¡Que curioso que sos! —respondió Gala con picardía—. Seguro que estás cansado; te muestro tu habitación: está al final del pasillo.

Los gatos rasguñaron frenéticos la primera puerta.

—Es mi dormitorio, ellos también quieren descansar.

Los pedidos eran perentorios. Rabiaban y se peleaban entre sí, ansiosos por entrar. Apenas Gala entreabrió la puerta, ellos se escurrieron y ocuparon su lugar. Desde allí, comenzaron a ronronear. En la amplia ventana del dormitorio, como un pizarrón, solo se veía el negro profundo de la noche opacado por la niebla.

Gala entró y dijo:

—Pasá Andrés. Tengo que mimarlos antes de dormir. Duermo siempre con ellos. Me gusta acostarme en la cama sólo cuando hay un hombre a mi lado.

Esta vez era Gala la que ronroneaba. Se liberó de la ropa, se acercó a Andrés hasta frotarse en su cuerpo empujándolo, arinconándolo y arrojándolo a la cama, mientras los gatos miraban fijamente desde su rincón.

Andrés no se extrañó cuando, al amanecer, Gala abandonó la cama y sin vestirse saltó como una flecha por la ventana del living. Mientras recuperaba fuerzas los vio vagabundear toda la mañana subiendo y bajando por el acantilado.

Al mediodía regresaron. Gala usaba anteojos oscuros, se fue a bañar y no volvió a ponerse la ropa. Preparó el almuerzo y se lo sirvió a Andrés.

—¿Vos no almorzás?— se sorprendió Andrés.

—No. No tengo hambre. Alimentate—le dijo Gala— Te va a hacer falta— Y se frotó en su espalda.

Siempre ocurre lo mismo, al principio caricias y besos. Excesos ardientes y luego desencuentros violentos por intromisiones de los animales celosos, peleas atroces, arañazos en la espalda, en la cara y lo de siempre: cuando Andrés perdió la paciencia mis gatos con su danza hipnótica, tal cual como me lo trajeron, me lo quitaron y se lo llevaron a los despeñaderos. Lo dejaron al borde del acantilado frente al fragor inmenso del mar batiendo la costa, metiéndose en los recovecos, tragándose todo a su paso para arrastrarlo hacia las profundidades.

Los gatos son casi todo para mí y lo saben, por eso están siempre atentos y cuando por la noche me trepo al tejado para maullar mi soledad, ellos se encargan de ponerme su ofrenda en mi cama.

El Alacran

Marcos Schapira

El viejo Germán está colgando cabeza abajo de una rama del paraíso, se arquea tratando inútilmente de agarrarse la pierna que sangra y lo enloquece de dolor. Su cara está congestionada y parece que va a estallar. Llama a Soledad sabiendo que no podrá ayudarlo porque él mismo la ha dejado encerrada en el baño. Grita, pero no hay ningún vecino a su alrededor que lo escuche por más que se desgañite.

Soledad era apenas una adolescente cuando su padre con el

silencio de su madre la entregó por unos pocos pesos a Germán; un usurero que vivía solo en una casa rodeada de chatarra. Se sacaron de encima dos problemas: una boca para comer y su rebeldía insolente. A modo de despedida su padre le dijo:

“Ahora vas a aprender. Me lo agradecerás algún día porque con tu descaro ibas derecho para puta. Esta no es más tu casa, ¡Que no se te ocurra volver!. Así fue como ella fue arrancada como un yuyo y arrojada a una vida de servidumbre en esa casa inmunda más allá de los confines del pueblo.

Desde el principio se dio cuenta que no sobreviviría si no lograba aferrarse a algo que le diera alguna esperanza. Era una sirvienta tratando de luchar contra la inmundicia, la casa al igual que el patio, estaba llena de trastos. Germán comía mendrugos en cualquier rincón y dormía como un perro entre trapos sucios. Su obstinación le fue indicando la manera de enfrentar ese mundo sin enloquecer, pero no pudo evitarle lo peor: el horror de estar atenazada y sentirlo arriba suyo resoplando, echándole en la cara su aliento apestoso y el olor amargo de su cuerpo seco fue destilando en ella como un alambique, un odio frío y transparente. La rebeldía de Soledad se transformó en una tirria paciente que, como un alacrán, buscaría el momento y el lugar preciso para atacar. Era un odio virtuoso que le daba sentido a su vida en el medio de su desgracia. Maquinar la revancha terminó de abrirle la fuente de un poder oscuro que se mantuvo dormido durante generaciones de sumisión. Fue estudiando cada una de las debilidades de Germán y descubrió que era ciego a todo aquello que no le despertara su codicia o su desconfianza. Podía moverse con comodidad siempre y cuando no le generara recelo; no era una tarea fácil para ella y pagó con golpes su aprendizaje.

De entrada descartó el recurso fácil de reventarle la cabeza mientras el roncara su desahogo. Germán debería sufrir despierto. Tenía tiempo para planear su venganza. Debería disimular mientras tanto el asco que la torturaba.

A menudo el avaro la encerraba en el baño y Soledad lo escuchaba afuera como una rata escarbar en la chatarra. Sospechaba que allí en algún lugar, tenía su tesoro amasado durante décadas.

Con infinita dedicación modifica una llave vieja para abrir la puerta del baño. A partir de ese momento puede liberarse a voluntad para espiarlo. El gran secreto del tacaño es una cámara subterránea debajo de un paraíso, la entrada está disimulada entre las pilas de chatarra oxidada y asegurada con un gran candado. Ahora necesita encontrar la forma de quitarle la llave. La chatarra como una amiga silenciosa le ofrece la solución: una vieja trampa que se activa al pisarla. La disimularía en la entrada a la cámara. Durante días observa en el pueblo al herrero y al mecánico en busca de alguna idea para completar la emboscada. Su mente exacerbada descubre la manera: al quedar su pierna atrapada Germán, instintivamente, le daría un tirón liberando unos contrapesos que lo dejarían colgando como una bolsa de papas de una rama del paraíso. De ese plan dependía su vida, no tendría una segunda oportunidad, ella se encargó de pulirlo pacientemente hasta en sus más ínfimos detalles durante las ausencias del viejo.

Soledad, con su llave, sale del encierro en el baño: ha escuchado el ruido de las chapas que Germán está retirando y desde una ventana ve el espectáculo del accionamiento de su trampa demoníaca. Sin prisa se maquilla y se viste con la ropa nueva que fue comprando con monedas robadas. Sale al patio y verifica la mordaza que se le ha incrustado a Germán por encima del tobillo hasta el hueso. Se siente satisfecha, el alacrán por fin ha clavado su agujón ponzoñoso.

—¡Desgraciada!

El dolor de la pierna de Germán le baja como un cortocircuito a la cabeza junto con la sangre y la orina que soltó con el horror del ataque.

La puerta trampa está al descubierto, un manajo de llaves está atezado en la mano del avaro.

— ¡Dame las llaves!

— ¡No!

Como única respuesta, Soledad le quiebra los dedos de un hachazo. Germán se desmaya del dolor. Ella lo reanima con un baldazo de agua.

— ¿Viste cómo te convencí?

Soledad hace tintinear las llaves.

— ¡Maldita hija de puta!

Germán siempre ha sido implacable con los demás y ahora está probando su propio veneno.

—Yo no tengo la culpa, tu padre te vendió como si fueras una perra—la voz de Germán es entrecortada pero aún suena despectiva.

—Te salió mal el negocio, mirá el clavo que te agarraste. Por primera vez en mucho tiempo Soledad suelta una carcajada.

— ¡Ayúdame por favor!—Germán se quiebra y lloriquea miserablemente— ¡No me dejés morir!

Soledad abre el candado y levanta la puerta trampa que esconde un verdadero tesoro acumulado tras años de rapiña. Moviéndose con la soltura de un verdugo en el cadalso, Soledad extrae las cajas del sótano, se las pasa por las narices y las acumula donde Germán pueda verlas.

—Mirá bien el sótano vacío. ¿Lo ves? Ahí te comerán los gusanos, viejo de mierda.

El círculo se ha cerrado, Germán descansará allí como un faraón al que le han profanado su tumba antes de morir. Soledad se desnuda. Parece una flor surgida de la herrumbre. Abre una a una las cajas acariciando su cuerpo con las joyas y los billetes mientras observa a Germán que como una cabra se va muriendo colgado del paraíso.

Abanderada

Néstor González

Llora la ciudad el clamor de los humildes
llueve sobre el llanto, más llanto
quizás sea este un día de tristeza imborrable

Hasta las palomas guardaron su dolor
en la soledad de un friso

Enemiga de sus enemigos
como una rosa en un baldío
no quiso nada para si

Amada y odiada con igual pasión
custodian su memoria
el rezo de los fieles y desposeídos

Mientras un eco jura
que volverá y será millones

Una patria gana y otra la pierde
y entre las dos hacen un mito
¿Quién convocará a la plaza cuando tus pies vuelvan al polvo?

Débil y susurrante
pidió que defendamos las conquistas sociales
y no lo dejemos solo

Pálida y fría salió al balcón por última vez
y saludo a sus descamisados.

Ojos de Geisha

Néstor González

Cuando el sol cae y aún duermen los demonios
me miras con ojos de arroz que intimidan
Mis palabras se funden en el papel
y la soledad da escalofríos

Nadie tiene el don de calmar esta fiebre
este frío medieval
espuma blanda que sale de mis ojos enfermos

Cuando la baba de tus labios candentes, al fin me alcanza
siento que algo en mí alma, se desintegra

Envuelto en orgasmos y sombras chinescas
me voy, me esfumo
y toda enfermedad sucumbe ante mis pupilas.

Entre nosotros

Néstor González

El destino amenaza
derrotarnos en el calendario
abre grietas, rencores, abismos

Soñamos esperando un rayo
que derribe nuestro sepulcro

Duro es el lecho, somos frágiles

y hacemos el amor entre alfileres

Caemos en la tentación muy fácilmente
somos como piedras en el fondo de un río

Sin querer desnudamos tormentas
y nos batimos en duelos terribles

Vamos y volvemos exprimiendo el día
contando monedas, juntando el rocío

Nada podrá separarnos

Entre nosotros hay amor
no solo astillas que clavo el tiempo.

Drácbeso

Néstor González

Cada luna llena aumenta mi condena. Soy un alma en pena que vaga entre la línea que separa el cielo del infierno. Bebiendo sangre, consolándome en silencio.

Y porque aún siento tus mejillas, tu respiración y tus jadeos, como un centinela custodio tu recuerdo. Para que nadie los robe, ni tengan frío, los llevo bajo la solapa desde hace tiempo. Nada podrá detenerme, porque antes de nacer sabía que eran míos, debó halarte cuanto antes. Mis enemigos tienden lazos, han esparcido sal y sembrado los campos con crucifijos. Acorralado, la frustración arremolina y mis males se agravan. Solo estoy seguro cuando el sol cae y las sombras vienen en mi auxilio.

Sé que muy lejos no debes estar. Lo sé, porque en la piel crepitan

las promesas y mis besos casi ebrios te reclaman.
Siglo tras siglo, entre el Ser y la Nada busco la eternidad en los brazos de mi amada. Arderé por dentro, clavaré colmillos, arrastraré a millares de ser necesario.



El ojo en la cerradura

Néstor González

Aquella mañana, cuando nos separamos tuve la sospecha que no iría donde decían sus palabras y el turbio remolino de ideas azotando mi cabeza, aceleró los presentimientos. Las coordenadas inexactas, no alcanzaron para sesgar la mirada de un corazón enamorado. Sin proponérmelo fui de esos que caminan por un sendero oculto, dentro de un laberinto. De un lado la verdad como guillotina y del otro, el instinto de supervivencia. Aquel día, un cielo de nubes cargadas de electricidad y violencia me auguraban lo peor. Al llegar, subí los cuatro pisos del pequeño edificio por las escaleras, para aflojar los nervios, no despertar sospechas y que nadie viera el cadavérico rostro de un hombre desesperado. Desde una ventana miré los patios colindantes y la frondosa arboleda. Por un momento pensé en salir corriendo o arrojarme por la ventana en la que minutos antes, había contemplado la algarabía de un niño volando en una hamaca, mientras su madre, tendía ropa en un alambre. Con la boca seca y la respiración entrecortada, me orientó el perfume que le regalara para su cumpleaños. En la última puerta observé marcas de pisadas en la alfombra. Desencajado y vencido como un calendario, me arrodille como lo hace un condenado a muerte que suplica, se le conceda un último deseo. A través del ojo de la cerradura vi reflejado en un espejo, su cuerpo ardiendo en una pasión desenfrenada. Frágil y confundido como

un ave en medio de la tormenta, pensé en las promesas de amor que nos hicimos y en el infierno de aquellos que cargan en su conciencia, la sangre de un extraño.

Escrito en el cuerpo

Néstor González

La metamorfosis no se hizo esperar y creció dentro de mí, como un hongo subterráneo. Abandonaría la pubertad para desplegar las alas que crecían con prontitud. En un abrir y cerrar de ojos comprendí, que todo lo que creía extraño, solo eran espejismos sobre un lago de lava y la pira bautismal me esperaba con sus rayos incandescentes. Sin pedir y sin réprobo sentó poderío en todo el territorio, sus dedos tallaron en mi espalda una delicada filigrana, tomo mi nalgas y clavo su lanza, yo hundí mis uñas en su lomo y los dos gritamos como cabras en el monte. Orgasmo tras orgasmo, hizo de mí, un ángel clavado en una estaca. La piel sudaba noticias de vidas pasadas, acrecentando el delirio y el encanto. Juntos surcamos los mares, él era el viento y yo, la nave. Tuvimos hijos invisibles que vertíamos en las sábanas, para luego arrojar anclas y descansar en medio de la nada. Con las líneas de su frente y las de mis manos tejimos sueños que desvanecía el alba. Yo fui la virgen y él, patrono de mi alma. Nos vestimos de santos transfigurando el deseo en un manto, pero los testigos no tuvieron piedad a la hora de juzgarnos. Pasamos el invierno ardiendo como leños, fundiendo nuestros cuerpos en las sombras, enloquecidos explicándole al mundo en lenguaje de señas.

Enterramos nuestro amor bajo una pirámide de silencios, sucumbiendo a lo prohibido, desovando el dolor como lo hacen los machos.

Fetiche

Néstor González

Vivíamos apartados del pueblo, sin visitas, ni miradas indiscretas que opinen de lo nuestro. Cada año, el día de San Valentín es una fiesta. Lleno la casa de flores, cuelgo guirnaldas y visto la mesa con lazos rojos y frutos secos. Sea de noche o de día, invierno o verano, siempre estamos juntos. Ella es todo mi mundo y a través suyo entiendo el universo. Me deleitan sus curvas, los escarpados muslos, sus logrados senos. Tiene uñas alargadas y pies como de marioneta. Bebe con moderación y come sin aspavientos. Aletea como un ave y abre y cierra los ojos como una muñeca. Las manos me sudan cuando acaricio y peino su larga cabellera. Para nuestro aniversario, tatué su nombre en mi pecho, le regalé un collar de perlas y un reloj de arena. Cuando cae la nieve, me pide que la abrigue y la siento junto a la chimenea. Pálida y suave como un capullo, temo que el no tener hijos la enferme.

La encontré hace años en la plaza cuando el vía crucis. Tiene cortes y cicatrices, pero es feliz a pesar de las cadenas.

Desapareció sin dejar rastros, pero la policía todavía la busca y su familia que aún la espera.

El ojo en la cerradura

Néstor González

Aquella mañana, cuando nos separamos tuve la sospecha que no iría donde decían sus palabras y el turbio remolino de ideas azotando mi cabeza, aceleró los presentimientos. Las coordenadas inexactas, no alcanzaron para sesgar la mirada de un corazón enam-

orado. Sin proponérmelo fui de esos que caminan por un sendero oculto, dentro de un laberinto. De un lado la verdad como guillotina y del otro, el instinto de supervivencia. Aquel día, un cielo de nubes cargadas de electricidad y violencia me auguraban lo peor. Al llegar, subí los cuatro pisos del pequeño edificio por las escaleras, para aflojar los nervios, no despertar sospechas y que nadie viera el cadavérico rostro de un hombre desesperado. Desde una ventana miré los patios colindantes y la frondosa arboleda. Por un momento pensé en salir corriendo o arrojarme por la ventana en la que minutos antes, había contemplado la algarabía de un niño volando en una hamaca, mientras su madre, tendía ropa en un alambre. Con la boca seca y la respiración entrecortada, me orientó el perfume que le regalara para su cumpleaños. En la última puerta observé marcas de pisadas en la alfombra. Desencajado y vencido como un calendario, me arrodille como lo hace un condenado a muerte que suplica, se le conceda un último deseo.

A través del ojo de la cerradura vi reflejado en un espejo, su cuerpo ardiendo en una pasión desenfadada. Frágil y confundido como un ave en medio de la tormenta, pensé en las promesas de amor que nos hicimos y en el infierno de aquellos que cargan en su conciencia, la sangre de un extraño.

La entrega

Néstor González

Juntos elegimos el vestido, la cartera y los zapatos y peiné su larga cabellera mientras se ponía finas medias de seda. Encendió un cigarrillo y pregunto cómo se veía, besando su boca le dije: maravillosa, gracias por tanto sacrificio y le pedí que en todo momento me tuviera presente. Minutos más tarde sonaba el portero dando

inicio a una noche muy larga. Nos miramos y en voz baja la despedí diciendo: Adiós amor mío al tiempo que mi corazón parecía irse con ella. Solo con mi soledad, comencé a beber y a imaginarla de mil formas distintas, sabía que una vez dentro del auto, el tocaría sus piernas y de seguro rompería las medias con alguno de sus tantos anillos. Los senos se pondrían firmes ante la mirada obsesiva del amante furtivo, las piernas torneadas y una figura que nunca terminaría de descender del auto, como la sombra alargada de un sol que agoniza, serian el combo irresistible para que el joven arremetería con todas sus armas. Una vez dentro de la habitación del hotel pedirían bebidas. Yo le sugerí que se desvistiera con lentitud para hacer estallar sus sentidos y le pasarás la lengua por los oídos susurrándole cosas que yo también he oído. Demuéstrale interés en la conversación, acaricia su espalda con tus uñas filosas y sujeta con firmeza el miembro, para luego llevártelo a la boca besando y lamiendo hasta que diga: ¡Basta!! Vas a robarme un orgasmo. Yo también sentiré placer por entregar una parte que también es mía. Después de horas perdidas frente al televisor, mis únicos testigos serán las botellas vacías y las colillas de mil cigarrillos. Frio y partido por un abismo, mi corazón sabrá que estoy vivo, aunque no pueda sentirlo.

Antes de salir el sol caigo en un sueño profundo, no sé quién soy y si pertenezco a este mundo. Miro mis manos y creo que hace tiempo dejaron de importarme ciertos asuntos. Ella entra tambaleando, oliendo a tabaco y alcohol y a perros amoríos. Feliz de encontrarme esperándola arrumbado en el sillón sonrío y dice: Hola amor mío, hice todo lo que me pediste.

Cuanto hacia que no lo veía

Fabaz, Omar Eugenio

Cuanto hacia que no lo veía... ¿Treinta? ¿Treinta y dos? ¿O más años? No importa, en realidad no importa. Nos dejamos de ver al finalizar el secundario, o unos meses después. Ya se sabe..., uno sigue una carrera, el otro otra, se cambian las metas, los sueños, los amigos y nos vamos distanciando de aquellos hermanos de la vida, que queremos, sin siquiera advertirlo. Luego, el tiempo nos borra las huellas lejanas y aquella época de oro, solo queda para ser evocada, en aquellos momentos en que la desesperanza nos inunda.

Pero no importa, no importa cuánto haya pasado, los lazos fraternos permanecen incorruptos, sanos, lustrados y aceitados para lucirse nuevamente.

Y así nos pasó. Poco supe de él a través de terceros. Que abandonó sus estudios, que se había ido tras una salteña, que se casó, que tuvo dos o tres hijos, que más tarde se divorció y que andaba dando vueltas, por la ciudad, desde hacía un par de años. Poco y nada. Por eso siempre valoro mi capacidad para reconocer rostros, así se hayan sumado años, kilos, arrugas y frustraciones en el camino. Y así lo vi, con una expresión de tristeza que lo hacía lejano, como que estuviese en otro lugar. Hubo un corto cambio de miradas, un pequeños shock de ambas partes, un ¿de dónde te conozco?, un entrecerrar de ojos para afinar la vista, y una ligera mueca en sus labios que desató aquella sonrisa de mi amigo del alma. Nunca pude olvidar aquella risita, esa expresión pícaro de adolescente compañero. Por un instante volvimos a los diecisiete y nos trabamos en un fuerte abrazo que duró largos minutos. A partir de allí una catarata de palabras, de recuerdos y cariño se liberaron esa mañana. Una tras otra las historias, anécdotas y experiencias de vida se transmitieron de corazón a corazón. Como conectados, uno que transmitía y el otro que receptaba, y viceversa. Cerré mi teléfono y lo invité al café más cercano que teníamos. El hablaba y hablaba, desagotaba tristezas y alegrías casi al mismo

tiempo, como necesitado, como un solitario que después de treinta y tantos años se encontraba con otro ser humano, con un amigo, con un hermano. Ya quisiera yo tener la capacidad de transmitir todos aquellos hermosos sentimientos, que brotaron en ese lapso de tiempo: Oleadas de bálsamos para nuestros corazones marchitos, curitas para nuestras heridas, manantiales para saciar nuestra sed de paz interior. Y lo puedo decir sin vergüenza, amé a aquel hombre, tanto, como lo quise en mi adolescencia. Era yo mismo en otra piel, en otro cuero. Dios me estaba regalando algo hermoso, un reencuentro con un amigo. No podía existir presente mejor. ¡Qué felicidad Dios mío! ¡Qué felicidad!

-¿Los señores se quedan a almorzar? -Interrumpió cortésmente la camarera.

Nos miramos y congeniamos inmediatamente la respuesta:

-¡Sí! ¿Nos trae la carta por favor?

La chica extendió un menú para cada uno y allí, mi amigo, mi hermano del alma, comenzó con su catarata de preguntas y comentarios:

-¿Tienen hamburguesas?

-No. No hacemos hamburguesas.

-¡Ah! No tienen hamburguesas.

-Solo lo que está en el menú.

-¡Ah! Claro..., solo lo que está en el menú.

-Exacto.

-Deberían tener hamburguesas.

-Tal vez.

-A muchos nos gustan las hamburguesas.

-Le voy a decir al cocinero.

-Sería bueno...

-Si.

-Las milanesas...

-Si tenemos.

-Ah, milanesas si tienen...

-Si.

-¿Son fritas o al horno?

-Al gusto del cliente.
-¿Puedo pedir a horno entonces?
-Sí.
-Y el pan rallado que usan, ¿Es industrial o lo rayan ustedes?
-De verdad no sé señor...
-¡Ah! No sabe...
-Pero le puedo preguntar al cocinero.
-¡Ah! Le puede preguntar al cocinero.
-Sí.
-¿Y las empanadas?
-No nos quedan –respondió la moza bastante molesta-
-Pero... están en el menú.
-Sí, pero se acabaron.
-Acá dice en el menú: Empanadas, de carne, de pollo...
-Se acabaron todas.
-De queso con cebolla, de queso con jamón...
-¡No hay más de ninguna!
-¡Ah! No les quedan.
-No.
-Claro, somos muchos los que comemos empanadas.
-Sí.
-Bueno entonces tráigame una milanesa al... no, mejor acá ve-
o que hacen costeletas...
-Sí.
-¿Ancha o delgada?
En ese momento los interrumpí:
-Discúlpenme un segundo.
Ambos me miraron.
-Ya vengo, voy al tocador.
Desaparecí tras la puerta del sanitario. Me rompí dos costillas trepan-
do por la claraboya, pero cuando gané la calle, me sentí dichoso de
poder rezar libremente para que aquel hermoso encuentro se repi-
ta...
Siempre que sea dentro de treinta y tantos años más...

En aquella esquina

Fabaz, Omar Eugenio

Hay lugares a donde uno nunca debería ir.

No sé si fue porque tenía un par de copas de más o solo por jugar, que cuando me llegué a esa esquina y me crucé con esa puerta espejo, me tenté. Miré para todos lados y, al descubrirme solo, no dudé ni un instante en despojarme primero de mi pulóver, luego de mi camisa y tras ella mis pantalones.

No es que tenga una gran figura, a mis cincuenta, lejos estoy de aquel porte juvenil con que hacia mis conquistas. Pero un poco por las copas y un poco por jugar, comencé a moverme con sensualidad frente al espejo. Alguien se acercó curioso, luego una parejita, luego un grupo de adolescentes y luego más personas. Reían y aplaudían ante mis movimientos sexis. Algunos filmaban y otros sacaban fotos. De pronto me di cuenta que disfrutaba de mi exhibicionismo y decidí continuar con aquel striptease. También sentí que necesitaba mostrarme tal como era ante esas personas, decirles quien soy, desnudar mi cuerpo, exponerme sin pensar en las consecuencias. No las conocía pero entendí que me debía a ellas. Como un artista ante su público. Actuar, dar todo y agradecer los aplausos quebrando mi cintura hacia ellos.

Volaron mis medias y la camiseta. Allí, me detuve con algo de duda, pero en un envión de valentía salió mi calzoncillo por los aires, ante el aplauso incontenible de mis fans.

Volví a bailar sensual frente a aquel espejo y los gritos de aprobación subieron hasta hacerse casi intolerables. A ellos le gustaba mi casi show y yo lo disfrutaba extasiado. Era el pináculo de mi breve carrera artística. Ningún artista en el mundo ha logrado tanto en tan poco tiempo.

Los aplausos seguían y se propagaban por las cuatro calles que conformaban esa esquina.

Comprendí, en aquel momento, de que mis aduladores se merecían

más.

Entonces desnudé mi alma.

Abrí mi cerebro y salieron de él todas mis bajezas, mis temores, mis vicios, mis defectos, mis miedos, dudas, traiciones y envidia. Mostré mi deshonor, mi desvergüenza y fracaso. Y el público estalló en aplausos y vítores. En silbidos y gritos de aprobación. Más de uno se acercó a darme la mano o una palmada en la espalda. Como a un ídolo, las mujeres me tiraban sus prendas íntimas y papelitos con números telefónicos.

De pronto apareció la TV para filmarme. Aproveché para ponerme de frente a las cámaras. Eran mis veinte segundos de fama. Disfrute de cada uno de ellos hasta que me di cuenta, con tristeza, que mer-maban los aplausos, la gente se retiraba y los camarógrafos apaga-ban sus equipos.

Desesperado hice mi último intento por mantenerlos presentes, desgarré con fuerza mi piel desde el hombro y desnudé mi corazón para que todos pudieran verlo. Pero las calles se vaciaron al instante. No quedó nadie.

Fue allí que comprendí que todo había sido una farsa. Un espejismo. Que no hubo gente, que no hubo cámaras, ni palmadas, ni aplausos. Que solo era yo mismo tratando de comprenderme, de entenderme, de conocerme. Que estaba desnudándome, de cuerpo y alma, para encontrarme y saber quién era, que clase de persona era, que sujeto habitaba mi cuerpo. Y entonces con la piel desgarrada, volví a en-frentarme con el espejo y allí entendí..

Descubrí, entre mis entrañas, al corazón más negro que hubiese vis-to en mi vida, a la sangre más espesa y a mis ojos tan fríos como nunca hubiese querido verlos.

Tomé mi piel, mis penas, mi ropa y escapé de aquel lugar, al que nun-ca debería haber ido.

Las musas ausentes

Fabaz, Omar Eugenio

Aquellas que faltaron en el momento en que un libro fue creado, las musas, solían llegar de noche, a la librería pública, cerca de las dos de la madrugada. Su intención era mejorar las ideas de aquellos libros que carecían de alma. Calíope, Erato, Euterpe, Melpómene y otras más, frecuentaban la casa de lectura, volando entre las estanterías, buscando aquellos libros para dotarlos de su esencia.

Sentían culpa. Culpa de no haber llegado al momento en que el escritor las necesitaba. Habían fallado en su misión terrena. Entregar la llama de la creatividad en el momento y a la persona exacta.

Soñaban aquellas musas que, si algunos autores tuvieran la oportunidad de renacer y encontrarse con ellas, otro hubiese sido el destino de sus obras. Pero tal afirmación era inexacta. Lo escrito, escrito está. Y no hay musa, ni retornos en el tiempo, que permitan tal cosa. Tales deseos no pasaban de ser nada más que eso: deseos.

Es que aquellas diosas de la inspiración en su afán de ayudar al arte, cargaban expectativas que superaban sus propias posibilidades. Ya que no siempre fueron tan generosas con los autores como la imaginación popular cree.

Calíope era la más celosa de todas. Cuando un escritor dejaba de lado sus ofensas por seguir a una musa terrena, tal vez la mujer de sus sueños, la divinidad susurraba al oído del autor ideas banales, predecibles o redundantes y el pobre literato mordía el anzuelo.

Tampoco se salvaba quien no recurría a ellas en un momento de baja productividad. La sola idea de no ser mínimamente invocadas, generaba en aquellas mujeres el desprecio y el olvido. Como, por ejemplo, le sucedió a Pablo Neruda después de escribir su libro "Confieso que he Vivido".

El poeta nunca llamó a aquellas divinidades de la inspiración durante su trabajo. Tal obra, una de las últimas del escritor chileno, fue su máxima expresión literaria sin la ayuda de musas.

Ofendidas, nunca más acudieron a él.

Cuentan que el espíritu de Julio Cortázar, se encontró una noche con ellas en la biblioteca y estuvieron hasta la madrugada debatiendo ideas para mejorar su libro "Rayuela". Mas las divinidades no pudieron encontrarle fisuras. Derrotadas, retornaron al Olimpo con la certeza recién aprendida, de que el amor siempre fue más inspirador que ellas.

Mi historia

Fabaz, Omar Eugenio

Quisiera contarles mi vida. Pero mi historia es mínima, pequeña, descartable. Algunos pueden relatar la suya como que nació, creció, se reprodujo y murió. Yo ni siquiera he llegado a eso. Mi vida es más menuda, corta, diminuta.

¿A quién le puede interesar esta novela minúscula, en donde sus breves sucesos son faltos de interés por insuficiente?

A nadie.

Algunos pensarán que he menguado su contenido, que he mermado o reducido sus escasos momentos, pero no es así. Les cuento esto, con toda mi responsabilidad, sin obviar detalles.

Mi historia es imperceptible, microscópica, casi invisible. Su insignificancia es tal, que podríamos compararla con la pobreza de vida que le cabe a un insecto.

Su trivialidad, me habla de un Dios mezquino que le otorgó a esta endeble y débil existencia la nada mas exigua. Una realidad acotada, limitada y aminorada.

De verdad, me da miedo encarar el relato de mi raquítica vida dado su cortedad de hechos. Parece como encogida, menuda, como presentada en pequeña escala. Aún así, sé que debo tomar coraje de informar su existencia a pesar de su minimalismo, su limitación e in-

significancia.

Sepan entonces, que aún no tengo nombre, que aún estoy en el vientre de mi madre, que tengo apenas unos meses de gestación.

Pero que ya sé desde ahora, ya me imagino, ya les puedo asegurar y anticipar, que mi vida, mi existencia y mi futuro, asoman como muy desventurados y sombríos.

*

Blanca Spadoni - Zurcher

El espumoso río
cordillerano
abrió todos los surcos
de tus manos
el ronco gemir de tu
garganta
y el corazón de fuego

Ay gritaron las voces
de tus sueños

Tus duelos
mujer de intensidades y
candores

Así lo fuiste
Violeta
así te fuiste

del libro "Vivir en este mundo" (Homenaje a Violeta Parra) - Inédito

*

Blanca Spadoni - Zurcher

Utilicé filosa aguja
para coser el entramado
disperso de la noche

Las estrellas danzaban como locas
allá arriba

Por el vaivén sonoro del espacio
se fue mi mano desprendida y sola

Un rayo de luna enlazó la aguja
y otro más y otros de planetas encendidos
en la nocturna trama

Por el ojo de la aguja
hilo fugaz desparramaba
polvo de estrellas rotas

Mi mano fue tejiendo
lazos y puntadas que zurcieron
estrellas con soles y agujeros
negros de mis miedos

Fue imposible recomponer mi noche

del libro "Roturas" - Inédito

*

Blanca Spadoni - Zurcher

No padres amorosos
ni hermanos hermanados
no compañero
oficialmente establecido
esposo por acta matrimonial
ni hijos que picoteen
alrededor del nido
no amigos amigados
ni reconocidas amistosas

nadie pero nadie

cuando me arroje al vacío
y gire apalabrado
mi ingrátido peso
como cuerpo sin alas
como boca que arroja espirales azules
como dolor que quiebra la erosión de la tarde
el oído afinado a volátiles voces
y un suspiro que alcance
tutelares fantasmas

Casi casi en la muerte
mi dedo de pluma
sobre la piel del aire
escribirá el poema

(poema sin publicar no contenido en ningún libro)

Pepenieve

(Basado en un hecho real)

Maria Eugenia Vivanco

Anocheecía y amanecería igual. Nada cambiaba en la cuadra, ni siquiera en el barrio. Un barrio seco, deteriorado por el olvido de los propios y ajenos.

Aquella mañana fue diferente, una exclamación despertó al resto de la familia que pronto se amontonó junto a la ventana. Grande fue el asombro al ver aquella lluvia, caer lenta, liviana como pelusa deshilachada, blanda, blanca amontonada sobre el paisaje que parecía hecho de espuma. Se vistieron en medio del alboroto, la excitación y salieron. Miraban. Las casas parecían salidas de revistas o de alguna propaganda de turismo, no se veían las calles, los pozos, tampoco el agua sucia navegando por las cunetas con su olor. El aire era limpio.

Se encontraba distraído, cuando el Brian le tiró una bola, él, el Kevin le respondió y se armó la guerrita. Corrían y reían como nunca, se sumaron los padres, los vecinos. Fue una fiesta, una gran fiesta blanca de bocanadas vaporosas brotando de las bocas, en su lugar que hoy parecía prestado y ocultaba la miseria. -¡Hagamos un muñeco de nieve!- dijo el Kevin alborotado.

-¡Sí, sí! Y lo dejemos en el jardín para que todos lo vean.

Lo armaron con nariz de zanahoria, ojos de botones diferentes, una media vieja de bufanda, el gorro del Brian y en la boca un palo a modo de cigarro. Lo miraban ¡Era hermoso! Ahí podía quedar, habitando el pequeño espacio que la madre reservaba para los malvones. Fue un día de emociones fuertes, esas que despiertan las cosas inesperadas, recordándolas se durmieron.

A la mañana siguiente saltaron de la cama más temprano que de costumbre, corrieron a la ventana, los ojos buscaron en vano aquella visión fantástica que los había deslumbrado el día anterior, ya no estaba, se había marchado, dejando tras de sí, huellas

de manchones blancos.

-¡Uuh! ¡Mirá! El muñeco se está derritiendo.

-¡No importa! Lo dejemos, así no nos olvidamos del día que nevó. Comentaron alejándose entrelazados entre risas.

Al otro día, cuando el sol se había llevado toda la nieve sin dejar rastros, él continuaba ahí, sudando y más pequeño.

-¡Che! Se está desapareciendo- dijo el Kevin.

-¡Sí! Y si lo ponemos el freezer y lo tenemos ahí...

-¡Dale!

Así fue como "Pepenieve" comenzó a formar parte de la familia. Cada tanto lo miraban, parecía una extraña criatura, inmersa en algún ritual pagano, entre restos de comida, carne, bebidas.

Al cumplirse el primer año de aquella nevada, el Kevin compró palitos, papitas, gaseosas y un globo.

-¿Qué pasa?- preguntó el padre fastidiado.

-Pepenieve, cumple un año y lo vamos a festejar.

-¡Yo hago un bizcochuelo!- dijo la madre, en tono cómplice.

La familia se reunió, sacaron el muñeco del freezer y lo colocaron en un lugar preferencial, en el centro de la mesa. Allí estaban cantando el cumpleaños feliz, mientras la vela desde la torta, alumbraba la rara escena.

La vida y los años, transcurrieron para la familia, esperando siempre el gran acontecimiento anual "El cumpleaños". No fue fácil su historia atravesada por cortes de luz, viajes, traslados en conservadora, con la urgencia de quien lleva un órgano palpitante.

La cuadra y el barrio se movilizaban en torno a ese festejo, ahora convertido en multitudinario.

Ese invierno celebrarían el cumpleaños número diez. Lugar, el salón del Centro vecinal.

Todo era un hormiguero febril en torno a la fecha. Se armaron comisiones para el sonido, la iluminación, el cotillón, la comida, la bebida, pero lo más importante eran las palabras a cargo del Kevin, que ya tenía veinte y estaba de novio con la Betty.

A él, le costaba escribir, es más, no le gustaba, si a duras penas había terminado la primaria, pero cada noche de ese año, llenó y rompió tantas hojas como la impotencia que sentía al no poder expresar lo que significaba para él, Pepenieve. Celebrar cada año, era revivir aquella fiesta blanca tan lejana. Ahora eran importantes, hasta los de la tele vendrían, es que algunos vecinos decían que el muñeco les había concedido uno que otro deseo, como lo hacían la Difunta Correa o el Gauchito Gil.

Llegó el día de la gran fiesta, el centro Vecinal resplandecía en la noche como un globo aerostático, solitario, en un cielo oscuro.

El Kevin entró emocionado al salón, llevándolo en brazos, ya no tenía la media sino una bufanda y un gorro nuevo. Con delicadeza lo colocó en un recipiente con hielo en el centro de la mesa principal, todos, sumidos en un silencio casi místico, seguían sus movimientos. El Kevin se acomodó la ropa y con voz temblorosa pronunció sus palabras.

Al finalizar, con los ojos aún húmedos y luego de los aplausos, dijo: -ahora ¡qué comience la música! El cuarteto llenó el aire y todos se soltaron eufóricos detrás de la comida y la bebida.

La Betty se acercó al Kevin y lo abrazó, envolviéndolo con la guirnalda interminable, multicolor.

-¡Vení! ¡Vamos a bailar!- Y lo tomó de las manos, mientras se movía al compás de la música.-¡Dale, dale!- Insistía ella.

-¡No, no! No puedo, tengo que cuidar que Pepenieve no se derrita, acá hace mucho calor, andá vos- le dijo en tono indiferente.

Ella lo miró con aire despechado y se perdió entre los globos, las guiraldas, la gente, como tragada por la multitud. No la volvió a ver en toda la noche.

Cerca de las dos de la mañana, tomó el muñeco, lo colocó en la conservadora y le dijo al Brian: -Me voy a llevarlo y vuelvo enseguida.

Ya en la calle se sintió extraño, había bebido de más. Entró en

la casa sin encender la luz fue directo a la heladera, lo sacó de la conservadora y en un impulso le dio un beso y le diciéndole: -¡Feliz Cumpleaños! Y lo dejó en el freezer.

Ya en su cuarto al ver su cama se desplomó rendido.

Al día siguiente despertó tarde, se levantó mientras todos dormían, al estirar la vista, observó que un río de agua atravesaba la cocina, el pasillo y se dirigía al patio.

Miró hacia la heladera, y con asombro vio que estaba desenchufada y con la puerta abierta.

Lola

Maria Eugenia Vivanco

La traía acurrucada entre sus ropas y con suavidad la depositó en el patio como diciéndole, este es tu territorio, tu lugar. El animalito salió corriendo, dando pequeños brinco y entró a la huerta.

-¡Ah no, no! Dijo la mamá de Luciano- en la huerta, no, tomándola con ternura y sacándola de ahí.

En vano le buscaron una caja a modo de casa porque su destino, siempre, era la libertad del patio, patio que debía compartir con "Dina", "Medio", "Peque" y "Mini", cuatro tortugas y la "Lola" la perra vieja, negra, mezcla de perro de caza y otro. En sus mejores épocas alta y robusta, ahora, apenas si se levantaba para comer y volvía a estirarse plácida a dormir bajo el sol.

-¿Viste? A la nueva le permiten entrar a la huerta- dijo "Medio".

- ¿Será porque es suave y rápida?- dijo "Peque" y continuaron cada una por su lado, tironeando el pasto. De pronto oyeron sollozos que provenían del árbol, se acercaron presurosas, a pesar de su fama de lentas, allí estaba "Mini" con su caparazón tembloroso.

-¿Qué te pasa? – le preguntó “Peque”, curioso.

- Es que esa bolita peluda, gris, suave y rápida de orejas largas, nos va a comer todo el pasto.

- No, no creo- dijo Dina la tortuga más vieja y más sabia,- hay pasto para todas.

-¡Sí!- dijo Mini con tono lloriscozo, pero ya no voy a ser la preferida. Nadie acariciará mi cabeza.

- ¡Con este caparazón tan duro! Ni siquiera nos llegan las caricias- agregó Medio- y a coro, bañadas en lágrimas secas, dijeron – además ¡Lentas y pesadas!

Las cuatro se dispersaron cada una a su rincón.

Así transcurrían sus días, mientras la conejita de orejas caídas retozaba en el patio, bajo la mirada complaciente de sus dueños, instalada dentro de la huerta mordisqueaba las hojas de lechuga, acelga, rúcula y a nadie parecía importarles, por el contrario festejaban sus travesuras. Las tortugas miraban de reojo y continuaban su andar tranquilo, tironeando solo pasto. Era primavera, las calandrias, gorriones, benteveos, aprovechaban que algunas gramillas semillaban, para bajar en vuelo rasante y picotear ruidosas como adolescentes en primavera.

Los colibríes se sumían en las flores. Todo era impulso vital, menos las tortugas que permanecían cada vez más tiempo debajo de sus piedras, cada vez más profundo, hasta perderse, casi desapercibidas para todos, menos para la “Lola”, que desde su desgano viejo observaba que sus compañeras, ya no merodeaban su hocico, ni posaban sobre sus patas, tampoco asentaban su pesadez sobre la cola larga para sacudir su aburrimiento.

Olfateó un oscuro vacío que volvió aún más dolorosos sus huesos, era la soledad.

Por eso aquella mañana cuando esa bolita peluda, suave, gris, orejas caídas, se puso frente a ella, moviendo su hociquito al compás de los bigotes, casi rozándole “Lola” abrió su boca grande como las fauces de un animal hambriento, inocente, primitivo, pero... cruel.

El Feretro de Oro

Maria Eugenia Vivanco

¡Deseaba tanto morir! Solo para estrenar aquel féretro de oro que había mandado a hacer y que le demandara tanto tiempo, esfuerzo económico y vida.

Todo comenzó cuando leyó aquel libro sobre un emperador chino que hizo construir un ataúd de oro para que su paso a la eternidad fuera un camino de riquezas y placeres.

Él, en su trayectoria de mortal había y estaba padeciendo tantas penurias y necesidades, que se acrecentaron desde que se embarcó en aquel proyecto.

Pensó- Esta vida así, no vale la pena ser vivida, en cambio la muerte...

Bruno era un muchacho de veintidós años de cuerpo deprimido y hambriento, manos húmedas, ojos hundidos en lo profundo como si nunca se hubieran asomado a ver la luz. No era muy leído, solo había llegado a cursar el primer año de un colegio para adultos que abandonó con el mismo desaliento que siempre lo invadía.

Ese día su compañero de trabajo le volvió a hablar insistentemente de aquel libro pequeño que no tenía muchas hojas, letras grandes, un cuentito apenas. Luego de oírlo le dijo: -está bien, préstamelo lo voy a leer aunque no estoy seguro si aún me acuerdo.

Comenzó a leerlo no con poca dificultad, unos renglones cada vez y de a ratos, hasta que los ratos se volvieron poco a poco más y más largos. Lo había ganado el entusiasmo tanto que no veía la hora de llegar a la pensión y retomar la lectura, se tiraba en la cama, se acomodaba la almohada y se sumergía en la historia. Cada tanto levantaba la vista y se iba por ese cielo de imágenes que le proponía el libro. se dio cuenta que algo en él comenzaba a cambiar, como si se hubiera iluminado, como

corrido de ese cono de sombras donde la rutina y su cabeza entumecida lo había colocado. Los ojos le brillaron por segunda vez, como cuando le regalaron aquella bicicleta que le alborotó el alma, siendo niño y que nunca nadie le arregló.

Todo en él se encendió, su cabeza, sus ojos, su adentro, su vida toda había cobrado sentido, y ese sentido era la muerte. -¡placeres y riquezas! -repetía-vivir para morir- dijo sonriendo como quien descubre algo trascendente.

Pocas veces se miraba en el espejo, ese día se vio, tenía ya sesenta años, lo sabía porque sus compañeros de la metalúrgica se lo recordaban cada año invitándolo con pizza y cervezas ese ritual lo colocaban en el tiempo real, el mismo que ahora le devolvía el espejo de azogue descarnado, descascarado, tan viejo como él, tan cansado y atrapado en esa búsqueda interminable de dinero a cualquier precio.

Recordó que al terminar de leer el libro, comenzó a averiguar ¿Quién haría semejante obra? ¿Cómo? Se sentía perdido, desorientado, entendía que era un proyectado muy ambicioso para él que sólo conocía de soldaduras.

Aprendió que quien trabaja el oro era orfebre, que en realidad era un joyero. Con esos datos preguntó, buscó hasta dar con uno. Todavía recuerda cuando aquel día, empapado bajo la lluvia que se fundía con el viento produciendo relámpagos de agua, golpeó a su puerta. Ahí lo vio por primera vez. Su nombre era Juan Real, le extendió su mano, mirándolo a los ojos apretó la suya con vigor, que como siempre transpiraba, más húmeda que nunca en ese momento. Le inspiró confianza su forma sencilla de explicar.-Mirá el ataúd debe ser de madera como todos los ataúdes comunes, el revestimiento será de oro repujado con los motivos que vos elijas - ¡eso sí!-interrumpió Bruno- quiero una máscara de mi rostro ¡igual al féretro del emperador chino! Finalmente Juan, con la tranquilidad de quien está acostumbrado a recibir encargos exóticos, agregó -esto va a ser muy costoso. Así fue como la ganancia de cada quincena la invertía en la

compra de oro pero todo iba muy lento, a ese paso la muerte lo iba a alcanzar antes de terminarlo.

El trabajo en la metalúrgica no era suficiente para lograr su objetivo, comenzó a sentir un impulso frenético casi ciego que lo llevaba a lugares oscuros. Así fue como la primera vez le hizo el cuento del tío a una anciana y después se enteró por los medios que ese dinero era para costear una operación para su nieto. O como cuando Maria se enamoró perdidamente de él y le entregó su amor, su confianza, finalmente sus bienes y también la estafó. Tampoco dudó cuando le pidieron que metiera toda esa droga en la "villa", ¡Total!

Tantas veces se enfermó en soledad con la muerte pegándole manotazos y su lucha empecinada por esquivarla. Es que aún no era el momento.

Así fueron sucediéndose los días, a veces con algo de color, casi siempre grises. Llegaba por las noches, solo, a esa pieza de pensión que parecía haber habitado desde siempre. Las paredes descascaradas, las manchas de humedad con sombríos diseños, un techo infinitamente alto donde agazapaban la oscuridad y el frío. La mesa pequeña albergaba la toalla húmeda y sucia, los platos con restos de comida donde husmeaba el gato, su única compañía. Una lámpara perdida en lo alto del techo apenas alumbraba las palabras de su libro preferido que alcanzaba a leer casi de memoria por enésima vez antes de desplomarse pesado sobre la cama mugrosa.

Cada tanto iba al taller de Juan al ver la obra y alcanzarle oro. Verla le devolvía algo de la energía perdida y deseos de seguir adelante.

A veces se tiraba con los brazos cruzados detrás de la cabeza, buscando un cielo en aquel techo oscuro y profundo mientras se sumía en el sueño.

Fue entre sueño que oyó la llamada de Juan, su voz le sonó lejana y excitada - ¡Bruno, la obra está terminada!

A pesar de su cuerpo añoso, pegó un salto, se paró, buscó la

puerta y salió a la calle. El corazón le latía demasiado rápido. Las imágenes de su vida se sucedieron vertiginosamente, un inmenso dolor en el pecho lo ahogaba. Entró al taller agitado nervioso, atropellado y sin saludar, lo vio, Tal cual lo había soñado, majestuoso. Se acercó y lo recorrió con los ojos, con las manos, cada forma, cada pliegue, como un ciego ávido descifrando el relieve acarició ese rostro perfecto, inmutable, pulido, dorado como un dios.

Por tercera vez sus ojos brillaron temblorosos. Acercó una silla y se sentó como quien está velando a un muerto muy querido, explotó en un llanto profundo, desconsolado, antiguo. Ya no necesitaba morir, porque ya había muerto. Allí estaba, velando y llorando su propia vida.

Hojas Muertas

Mildre Ambroggio

Hoy es día
de hojas secas.
mis manos se hunden
entre las hojas
de té seco
que de a puñados
van llenando
los frascos.
Hojas secas en el patio,
en crujiente montaña
que al apretarlas dicen
en sus últimas palabras
antes de entrar
a la bolsa negra.
Hojas secas
sobre las peras maduras
que parecen posar
para una pintura.
Saldos del invierno
que en plena primavera
se empeñan en mostrar
la vida entera.

Viejos

Mildre Ambroggio

Ella canta y baila,
entre el calor
y la penumbra
se desnuda,

anciana, bella...
él la contempla
y su boca florece
en antigua sonrisa
jugando al rey
y a la reina...
Después vende
las horas de su reloj,
la brújula de su camino
la dignidad de su cuerpo
por pocos pesos,
por comida en el plato.
Ella, tan delgada,
es un tierno recuerdo
en los ojos de su hombre,
ojos enlutados
ciegos por el llanto.

Brujas Blancas

Mildre Ambroggio

Un aquelarre
de flores blancas
bajo la luna,
de brujas cansadas
de la maldad humana.
Flores blancas
para brujas
de alma blanda
en rebeldía,
que viajan amontonadas
en el viento del deseo

de esa ronda
que vibra
en la cuerda
perfumada de hermandad.
Que cuando se atrape
la vida
en una caja negra,
se levante el escudo
de las brujas,
como una lluvia
de flores blancas
que alimenten la tierra
donde germinen
los sueños
de su conjuro.

Apagar

Mildre Ambroggio

Como un canto
que se apaga
al borde de la historia,
es el grito mordaza
que cierra las puertas
en el umbral violento
de la palabra,
párpados bajos
cubren un paisaje
sediento de utopías
para apagar un infierno
que deja la poesía
en el vértice del fuego.

Cuando

Mildre Ambroggio

Cuando vuelvan cansadas
las mañanas,
y la vida se siente
bajo un ala.
Cuando suenen las olas
en su almohada
y sus pasos no lleguen
a la playa.
Y los sueños no tengan
madrugadas
y la luna no encuentre
la ventana...

Decreto 2016

Mildre Ambroggio

El diablo se pega
como una sombra a la lámpara oscura
de este tiempo
de tímpanos rotos y boca sellada.
Tiempo sordo a las voces
de los desamparados
que se esfuerzan
para no morir.
Tiempo mudo como la sed
que no encuentra
el agua,
como la pena
que quema

cuando se calla.
Tiempo
tan triste y torpe
como un adiós
a la muerte,
donde ya no hay
esperanza
sino apenas
una espera.

En la calle

Mildre Ambroggio

*“maldigo la poesía
del que no toma partido
hasta mancharse....”*

Cada portal dormitorio
sea de mármol o cemento
donde van a dar los huesos
de los pobres en invierno.
Trapos sucios y cartones
Se amontonan con el hambre
cuando muchos miserables
se aprietan en los rincones
como si fuesen costales.
Y quien los echó a la calle
privándolos del trabajo
pasa lejos o mira alto
pretendiendo que son vagos.
Hay quienes roban a todos

y duermen en cama de oro
tranquilos y sin problemas
pues jueces con buena paga
declaran su inocencia.
Y mientras los pobres sueñan
los ladrones sólo duermen.

Miedo

Mildre Ambroggio

Un día fue un aguacero
y otro un sol intenso,
un mal sueño
un gran silencio,
una aguja
una amenaza,
la soledad o la altura,
la religión, la locura,
perderse en esa espesura,
la oscuridad y las sombras
el fuego que todo quema
el espacio, una escalera
el fracaso o la miseria.
Así los días pasaron,
días de un tipo violento
al que tantos le temieron.

Índice por Autor

Alfredo Lemon	9
Alicia Adela Saravia	15
Carlos Rivero	21
Elena Beatriz Ganon	27
Alazraque Gladys	39
Graciela Bargeró	45
Marcos Schapira	53
Néstor González	63
Fabaz, Omar Eugenio	71
Blanca Spadoni - Zurcher	79
Maria Eugenia Vivanco	83
Mildre Ambroggio	93

